



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE SAAVEDRA,

MARQUÉS DE AUSÓN.

el día 14 de Mayo de 1863.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

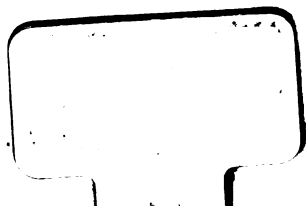
1863

NS. 75 H. 5

~~NS. 75 H 5.~~



Vet. Span. III B. 327



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE SAAVEDRA,

MARQUÉS DE AUÑON,

el día 14 de Mayo de 1863.



MADRID,

IMPRÉNTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.

1863

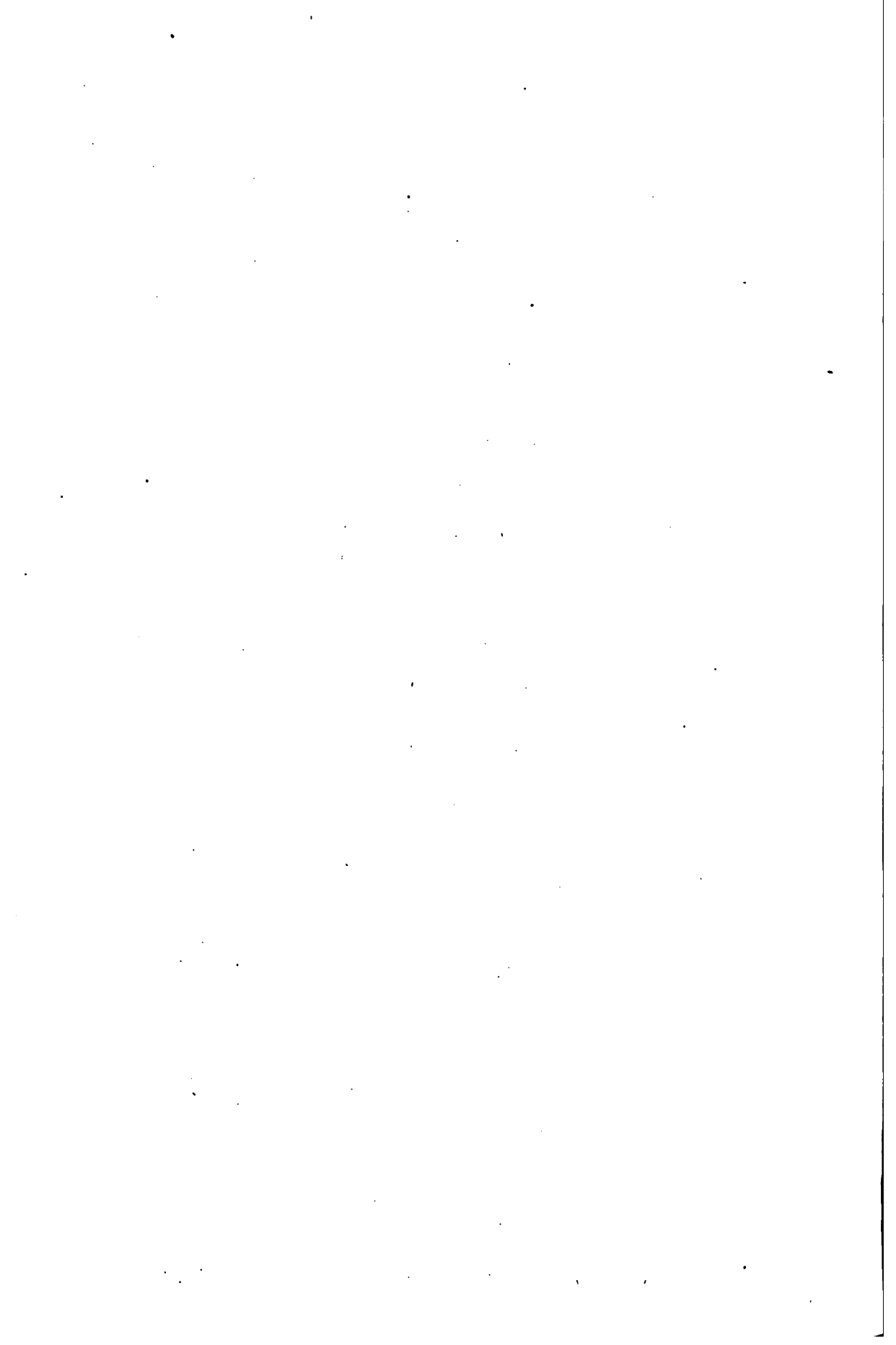


DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE SAAVEDRA,

MARQUÉS DE AUÑON.



SEÑORES :

Al contemplarme, sin merecerlo, en esta Real Academia, legítimo y natural asiento de las letras españolas, realizadas por la virtud y el patriotismo; al dirigiros mi humilde palabra en este recinto, donde habitualmente resuena la elocuente voz de egregios oradores, sabios eruditos y poetas insignes, el respeto que me inspirais y la propia desconfianza embárganme de tal modo, que en vano pretenderia explicar los diversos impulsos y sentimientos que hoy me agitan el corazon y conturban mi espíritu.

Por una parte, la inmerecida honra que me habeis dispensado, á mí que tan poco os traigo en cambio de tan señalada merced; por otra, la profunda gratitud que os debo, al pensar que olvidando por esta vez las altas cualidades que siempre enaltecen á los que llamais á vuestro seno, habeis querido, sin duda, premiar en el hijo los merecimientos del padre. Y ¿qué diré, señores, si considero al hombre ilustre, cuyo puesto voy á ocupar, sin poder nunca reemplazarle, y á cuyo ardiente patriotismo y sábias investigaciones tanto deben las letras castellanas? El nombre de D. Agustin Durán será perpetuamente

uno de vuestros mayores timbres de gloria : él ha vuelto á la luz y á la vida los ricos y olvidados tesoros de nuestra fecunda vena popular; él, saliendo del estrecho círculo en que los preceptistas, al comienzo de este siglo, tenían aún aprisionado el estro nacional, é inspirándose en los principios de la crítica moderna, más racional y filosófica, ha redimido de injusto desdeñ la singular belleza de nuestros antiguos romances; poesía imperfecta á veces, casi siempre genuina y espontánea, en que tan bien se halla retratada nuestra sociedad de pasados siglos, y en cuyo numeroso y vário conjunto parece como que se siente palpar toda la vida de nuestro pueblo.

El romancero de Durán, que así le llama la presente generación, y así le llamarán las venideras, lleva naturalmente nuestros ojos á las eternas fuentes de la verdadera poesía, que cuando no se alimenta de la sávia de un pueblo, ó no recibe, al ménos, el sello de una poderosa individualidad, por más elegantes que sean sus atavíos, parece de atonía y de extenuación, si no es que rasgando sus vestiduras en el despecho de su impotencia, sucumbe sin dignidad entre ridículas contorsiones.

Partiendo de estas ideas, séame lícito, señores, ya que me incumbe deciros algo en este acto solemne, exponer algunas reflexiones sobre el carácter de la verdadera poesía, indicando, como de pasada, sus esenciales diferencias, según los cambios y vicisitudes sociales. Que no creo inoportuno, al suceder á quien tanto debe nuestro Parnaso, y cuando tan esclarecidos poetas me escuchan, tratar de la que es y será siempre la más elevada expresión del pensamiento humano, aunque no falten modernos escritores que le nieguen su importancia ó la juzguen impropia de estos tiempos.

El reinado de la poesía no ha concluido, ni puede concluir en tanto que el hombre exista, como no puede acabar mientras la humanidad peregrine en la tierra la viva aspiración del alma al supremo ideal de la belleza; como no puede agotarse el ma-

nantial del sentimiento, ni extinguirse la llama del entusiasmo, ni perderse el halago del ritmo, de la cadencia y la armonía. Su esfera de acción podrá dilatarse ó restringirse; pero como todo lo que tiene por base al hombre mismo, la poesía, revisitando, según las circunstancias, la rica variedad de sus múltiples formas, con él camina en el curso de las edades, le acompaña en sus vicisitudes y refleja sus desenvolvimientos.

Los himnos sagrados y las teogonías y cosmogonías poéticas de la infancia de los pueblos; la epopeya de las heroicas edades, en que ya las pasiones y caracteres se desarrollan con claridad histórica, y los cantos sugetivos y personales en que el poeta filosofa ó satiriza, rie, llora ó blasfema, señalan diversas fases de la humanidad, con la cual se enlaza constantemente la poesía. Dios, la historia y el corazón humano son sus eternos manantiales; todas las galas de la naturaleza, sus ricos atavíos; su material expresión, las más nobles y cadenciosas combinaciones del lenguaje: ¿cómo no ha de tener importancia, y puesto y voz en todos los estados de la sociedad? ¿Quién puede negar el influjo civilizador de los sublimes cantos de la Biblia? ¿Quién la influencia del Dante en la historia moral, religiosa y política de Italia? Y en época más reciente, ¡cuánto no debe la preponderancia francesa en Europa á los insignes poetas del tiempo de Luis XIV! Corneille, Racine, Molière y La Fontaine han contribuido, juntamente con los oradores sagrados y grandes prosistas de aquella era, á difundir las verdaderas máximas de la filosofía cristiana, dando temple á los corazones y levantando en sus admirables versos el ideal de lo bueno, de lo bello y de lo justo. Ha dicho el Conde de Rivarol que si la revolución francesa hubiese estallado un siglo ántes, Cotin hubiera hecho, sin duda, guillotinar á Racine. Y ciertamente no habria sido difícil ver inmolado por el ateismo revolucionario al que en algunas de sus tragedias es tan gran poeta como filósofo cristiano.

Pero al hablar del influjo de la poesía, claro es que me refiero

únicamente á la espontánea y verdadera, en contraposición á la falsa y convencional. Sin que por esto se entienda que rechazo ninguno de los géneros en que han solido clasificarse las composiciones poéticas; pues pienso, con el célebre preceptista francés, que

Tous les genres son bons, hors le genre ennuyeux.

La poesía, que en su carácter social retrata la vida de las naciones, y que, individualmente examinada, refleja las continuas modificaciones del entendimiento y las más diversas impresiones del corazón, puede revestir todas las formas y abarcar todos los géneros. Mas para que sea digna de su nombre, ha de fundarse en la verdad de la naturaleza, de las ideas y de los sentimientos. El himno y el idilio, la oda y la epopeya, la elegía, la anacreóntica, la sátira, estos varios tonos, y otros sin cuento, que no sería fácil determinar, entran sin duda en sus vastos dominios. Pero cada cosa en tiempo y sazón, emanando siempre de una inspiración sincera y legítima. Si Homero y Dante, los más grandes poetas sociales, á excepción de los cantores bíblicos, nos conmueven y arrebatan, es por el fondo natural, humano y verdadero de sus grandes poemas. Bien entendido que sólo hablo aquí de la verdad poética, que no siendo precisamente la religiosa, ni la filosófica, ni la histórica, suele comprenderlas todas. Esto mismo afirmaba nuestro sábio Alonso Lopez Pinciano en su admirable *Filosofía antigua poética*, con estas felices palabras: «El objeto de la poesía no es la mentira, que sería coincidir con la sofística, ni la historia, que sería tomar la materia al histórico. Y no siendo historia, porque toca fábulas, ni mentira, porque toca historia, tiene por objeto al verisímil que todo lo abraza.»

En cuantas obras produce el genio del arte hay dos elementos: uno fundamental, permanente, eterno, como las leyes del espíritu y del corazón; otro relativo, modificable y progresivo

á tenor de las nuevas ideas y descubrimientos que va haciendo el hombre en su incesante carrera. Dé aquí el sello particular que distingue á la poesia segun la civilizacion, el pueblo y la era á que pertenece, ó el impulso que recibe de los acontecimientos humanos.

La musa de Grecia y Roma, ya se la considere en sus magníficas epopeyas, ya en otras de sus manifestaciones, siempre corresponde á la índole peculiar de las gentes cuyas glorias canta ó cuyas pasiones halaga.

La artística deificacion de las fuerzas de la materia; la exaltacion heroica y el amor á la patria, los dos sentimientos más elevados de aquellas edades; el idealismo de la forma y el goce de los placeres sensuales, son la fuente de inspiracion y los rasgos característicos de la poesia pagana.

Homero, que tan bien condensa y describe la naciente civilizacion griega, nos da perfecta idea de la vida moral de los héroes que retrata; y al poner en los labios de Aquiles que prefriere ser esclavo del más indigente labrador en la tierra á la primera de las sombras en los Eliseos (1), deja comprender fácilmente que un pueblo que tan pobres nociones tenía de la inmortalidad del alma y de los fines del espíritu más allá del sepulcro, debia ser esencialmente sensual y materialista.

Los dioses de la *Iliada* tienen una encantadora divinidad externa; pero están más llenos de culpas, vicios y errores que los míseros mortales. Y nosotros, que tan alta idea tenemos del Ser Supremo, no podemos ménos de sonreirnos, aparte las bellezas de estilo, que nadie podrá desconocer, al contemplar al padre de los dioses inclinando la balanza de la victoria segun su capricho y los favores que acaba de obtener de una diosa prostituida. Pero fuera de esto, que tiene su explicacion en el estado moral y social que pinta el poeta, y que me atrevo á lla-

(1) *Odisea*, canto xi.

mar el elemento variable de la poesía, las ricas y animadas descripciones de la naturaleza, las tormentosas pasiones y grandes caracteres que describe, fundados en la eterna verdad del corazón humano, la hermosura de Elena, el poder de la amistad en el rencoroso pecho de Aquiles, y la patética escena en que restituye al desventurado Priamo el cadáver de Héctor, estos y otros pasajes, que sería prolijo citar, causarán siempre y en todas partes la más profunda admiración.

Si de Homero, eco de una civilización que empieza, pasamos á Virgilio, su fiel imitador, y representante de la latina en el apogeo de su mayor cultura, volvemos á encontrar los mismos elementos que dan vida y ser á la poesía pagana, bien que en la *Eneida* se perciban ya los grandes pasos que habia dado la humanidad en el transcurso de los siglos.

En tiempo de Virgilio los dioses del Olimpo decaían visiblemente; Sócrates habia sentido ya dentro de su ser aquel genio ó espíritu que lo guiaba; Pitágoras, Platon y Aristóteles habian tratado los arduos problemas del mundo físico y moral á la luz de su poderosa inteligencia; la escuela estoica se ilustraba ya con gloriosos representantes, y Lucrecio, con amarga elocuencia, habia llevado hasta el ateismo las doctrinas escépticas de Epicuro. Virgilio, como lo prueban sus elevadas ideas sobre la inmortalidad del alma y el principio generador del universo (1), conocia las teorías de aquellos filósofos, y tambien sin duda las sublimes inspiraciones de la musa hebrea, como deja entender en algun pasaje de sus obras. Así vemos que, á pesar del arte exquisito con que pinta las deidades mitológicas,—como el sentido moral del poeta es infinitamente mayor que el de las divinidades que retrata, fácilmente se comprende que son poco más que la máquina de su poema, y no, como en Homero, los tipos sagrados de su creencia. ¿Qué extraño, pues, que él mis-

(1) *Eneida*, libro xi.

mo se admire del ciego furor de los Dioses? *Tantene animis caelestibus ira?* Esta contradicción basta para dar á conocer la época en que escribía.

No obstante las diferencias que le separan de su insigne modelo, Virgilio, por el espíritu de su obra, por los ritos y costumbres que describe, y por los héroes que caracteriza, es un poeta esencialmente pagano, y de los que más alta elevaron la idealización de la materia.

Dejando aparte, como al hablar de la *Iliada*, el elemento religioso, entónces modificable y progresivo,—la piedad filial, tan profundamente descrita, lo mismo en el incendio de Troya que en las fiestas funerales de Anquíses; la última noche de Ilión y las postrimerías de su infeliz monarca; la desgraciada pasión y trágica muerte de Dido, figura de todos los tiempos, y cuyos desventurados amores hicieron derramar lágrimas á San Agustín, según él mismo confiesa; los cuadros de la naturaleza, y la hermosa, culta y elegante forma, hija de las prendas felices del autor y del siglo en que vivía, hacen de Virgilio un verdadero poeta; no de aquellos que arrancan las sociedades de la barbarie, ó las empujan á más encumbrado destino, sino de los que en civilizaciones adelantadas reflejan la grandeza de un pueblo, ensalzan su gloria y sus virtudes, y, asimilándose los progresos del pensamiento, contribuyen á difundirlos en elegantes y armoniosos versos.

Hasta ahora sólo me he fijado en la poesía épica, que, por su carácter universal, puede abarcar todos los géneros. Pero si de la epopeya pasamos á otras manifestaciones del estro pagano, dada la diferencia de tiempos y lugares, siempre hallaríamos el mismo carácter externo y material, ó los impulsos de la patria y de la gloria enardeciendo el alma del poeta.

La destreza en el manejo de los caballos, el vigor muscular, la robustez y agilidad del cuerpo, las proezas olímpicas y la fama de los vencedores, tal es el fondo de inspiración de los

arrebatados vuelos de Píndaro. El heroísmo, pasión la más noble y grande de los antiguos, enciende el pecho de Tirteo, y le hace prorumpir, dirigiéndose á un pueblo abatido por la derrota, pero deseoso de venganza, en estos altísimos pensamientos: «Avance, pues, cada cual, levantando su lanza y recogiendo bajo el escudo todo el poder de su corazón al comenzarse la pelea. ¿Es dado al hombre, por ventura, evitar la muerte fatal, aunque descienda de progenitores inmortales? ¡cuántas veces, huyendo de los enemigos y apartándose del silbo de los dardos, le sobrecogió la muerte en el umbral de su morada. . . .

. . . . Todos lloran al varón esforzado que ha muerto en la refriega, y si se salva en la lid, es acatado como los semidioses!» (1).

Estas palabras de una de las mesenias, tomada al azar entre las pocas que desgraciadamente conocemos, y de la cual tan imperfecta idea puede darse trasladada en humilde prosa á lengua extranjera, al par que descubren la heroica exaltación de aquellos pueblos, prueban que la verdadera poesía brota del corazón, y crece y se levanta á medida que son más grandes las pasiones que lo conmueven.

Las musas, sin embargo, no se proponen siempre por objeto tan altos fines sociales; á menudo se reducen á más modestas esferas, inspirándose sólo de los afectos del ánimo ó de las impresiones íntimas del corazón. De aquí el sello individual que generalmente caracteriza la poesía, y que tanto interés le presta cuando es genuina expresión de lo que pasa en el alma del que canta ó escribe. Pero en esta clase de inspiración, puramente personal y subjetiva, en donde cada poeta es ejemplo vivo de la moralidad y de la índole de su época, pues los grandes caracteres y pasiones de otros géneros poéticos más levantados pertenecen á todos tiempos, es donde mejor se patentiza el ge-

(1) Traducción de Castillo y Ayensa.

nio de una sociedad en que el amor es más bien goce de los sentidos que virtud del alma, en que la mujer vive generalmente postergada, y en que la belleza del cuerpo vale mucho más que la del espíritu. ¿Necesitaré comprobar con citas las ideas que sumariamente acabo de exponer? Ahí están las desordenadas agitaciones de Safo, y sus ruegos á la diosa de Chipre. Ahí el desterrado de Téos, rodeado de ninfas, con un vaso en la diestra y la cabeza ceñida de pámpanos. Ahí, en fin, Teócrito, y Tibulo, y Ovidio, y Virgilio, y Horacio, ya cantando las delicias y veleidades de un amor enteramente profano, ya extasiados con la pompa exterior de los campos, ya fantaseando en la composicion de fabulosas alegorías y en el empleo de símbolos materiales para la expresion de sus ideas y sentimientos. Á veces, es verdad, se nota en estos poetas cierta delicada ternura y hasta cierta melancolía en los afectos; pero el sensualismo de su religion y de sus costumbres alienta en su inspiracion y se refleja en sus versos. La poesía que acabo de mencionar encierra ciertamente bellezas inmortales; mas era forzosa la aparicion del cristianismo para acrisolar la fuente del sentimiento y levantar la imaginacion al idealismo del espíritu.

II.

Al seguir á la poesía en otra de sus más importantes fases, permitidme, señores, una breve digresion sobre los preceptistas, cuyas reglas parecen contradecir el mérito de peregrinas creaciones hijas de una nueva civilizacion.

La poesía, expresion del hombre y de la sociedad, no puede permanecer estacionaria. Como rio majestuoso que á medida que se dilata va enriqueciendo el caudal de sus aguas con el tributo que le rinden nuevos manantiales, ella tambien se vivifica y engrandece con nuevos elementos; y las transforma-

ciones morales y sociales, prestándole gérmenes hasta entonces desconocidos, le abren al par ignorados senderos y más vastos horizontes. De aquí dimana el error de los que en diferentes épocas se han esforzado inútilmente en clasificar los géneros, imponiendo, con ínfulas de legisladores, las prescripciones á que cada cual ha de ajustarse. Como si fuera posible fijar las formas del espíritu humano, ó poner límites al pensamiento.

Cuando apareció en Inglaterra el *Paraiso perdido* de Milton, suscitáronse acaloradas controversias entre los doctos sobre si era ó no esta obra poema épico. Á los que este carácter le negaban respondieron los adversarios : « no será épico, si os empeñais, pero será un poema divino. »

Y es que los preceptistas deducen sus reglas de lo conocido, y rara vez adivinan las nuevas manifestaciones que puede ofrecer el ideal de la belleza en ulteriores revoluciones sociales.

Si Aristóteles y Horacio hubieran escrito en esta época, ¡ cuánto no habrían modificado con su clara razon y alto sentido crítico, el primero su *Poética*, y el segundo su famosa *Epístola* ! De seguro no habrían afirmado, como Boileau en pleno siglo xvii, que el poeta debe preferir asuntos de la fábula y los nombres de Ulises, Agamenon, Orestes, Páris, Elena, etc., á los de la patria historia, ni se hubieran burlado de un autor por haber escogido para argumento de un poema la expulsion de los sarracenos de Francia (1), ni habrían tronado, cuando ya habian escrito Dante, Tasso y Milton, contra los que buscan la inspiracion en el fondo de sus creencias cristianas, y en las

- (1) *La fable offre à l'esprit mille agréments divers ;
Là, tous les noms hereux semblent nés pour les vers :
Ulysse, Agamemnon, Oreste, Idoménée,
Hélène, Ménélas, Paris, Hector, Enée.
O le plaisant projet d'un poète ignorant,
Qui de tant de héros va choisir Childebrand !*

(BOILEAU, *L'art poétique.*)

fantásticas visiones de la tradicion y la leyenda religiosa (1). No puede negarse, sin embargo, que, salvo algunas prescripciones poco razonables, aunque propias y adecuadas á la época en que se escribió, la *Epistola ad Pisones*, al lado de máximas de sentido comun y que ocurren sin esfuerzo á cualquiera persona sensata, encierra preceptos más filosóficos y de más general aplicacion que la estrecha *Poética* del preceptista frances, por más que éste conquistára en ella el lauro de excelente vërsificador.

Como suele acontecer cuando la crítica busca ejemplos más que principios, y de teórica se convierte en casulstica, las reglas de Horacio no siempre pueden servir de pauta para medir y apreciar bellezas de mérito universalmente reconocido. ¿Quién duda que las composiciones poéticas, como las demas obras del ingenio humano, deben ajustarse á un plan sencillo y único, y que las partes han de guardar relacion con el todo? Y sin embargo, á pesar del

*Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit, et varias inducere plumas,
Undique collatis membris, ut turpiter atrum
Desinat in piscem mulier formosa superne;
Spectatum admissi, risum teneatis amici?,—*

léjos de reirnos, prorumpimos en exclamaciones de sincera admiracion al contemplar los primorosos arabescos del arte gótico-bizantino en las peregrinas catedrales de la edad media, y los caprichosos y emblemáticos diseños de antiguas Biblias y venerandos códices que se guardan como tesoros del arte en las primeras bibliotecas de Europa. Así como, ya entrado el renacimiento, nos encantan las fantásticas creaciones de Rafael

(1) *C'est donc bien vainement que nos auteurs dèçus
Banissant de leurs vers ces ornements reçus,
Pensent faire agir Dieu, ses saints, et ses prophètes, etc.*
(BOILEAU, *L'art poetique*.)

en sus incomparables *loggias* del Vaticano, y las inimitables entalladuras de Benvenuto; todo lo cual, realizando el ejemplo que presenta Horacio, parece contradecir sus preceptos. Y es, que el genio de una nueva era ha sabido encontrar y sorprender en la rica variedad de la naturaleza recónditas armonías; y fundiendo en el crisol de la inspiracion los objetos al parecer más opuestos, las cosas más incoherentes, ha logrado producir las maravillosas obras en que aún hoy, época de exámen y discernimiento, va á estudiar el artista y á inspirarse el poeta. Y volviendo de las bellas artes, que Horacio invoca, á los ejemplos literarios, ¿quién puede negar que Dante, Ariosto, Shakspeare, Byron, saliéndose de las tradiciones clásicas, no amoldándose á las reglas de los preceptistas, son grandes y sublimes poetas? Y sin embargo, en el fondo de todo lo que es verdaderamente bello están la unidad y la armonía; pero, como dice Pascal: *L' imagination et le sentiment ont des raisons que la raison n'a pas.*

Los preceptistas podrán depurar el gusto del escritor, podrán formar versificadores de gabinete, enseñar á Delille á buscar armonías imitativas; pero nunca formarán un poeta como Calderon, como Quintana ó como Espronceda.

Horacio no podia prever la gran transformacion que debia trastornar el mundo, ni que la aparicion del cristianismo, cambiando enteramente las bases de la sociedad antigua, iba á trazar nuevo rumbo á las fuentes de la imaginacion y del sentimiento. La exaltacion de la compañera del hombre á la jerarquía que Dios y la naturaleza le habian señalado; el amor elevado á las más puras regiones del idealismo, como consecuencia de esta transfiguracion; el esclavo trocando su cadena por el yugo más suave del siervo; el individualismo, en fin, reivindicando sus fueros y apareciendo en todas partes más potente que la sociedad; estos nuevos gérmenes de civilizacion y de vida, latentes en el tenebroso cáos de la edad media, de-

bian, como era natural, introducir grandes diferencias entre la musa halagadora y sensual de los poetas gentiles, y la más casta, mística y espiritual de las naciones cristianas.

La poesía, en el período á que me refiero, adquiere el gran predominio que ejerce siempre en la infancia de los pueblos, cuando el alma busca luz para desenvolverse, y sólo la encuentra en los cantos del poeta.

Mientras el latin sigue siendo la lengua de las leyes y de la religion, á lo cual se debe en gran parte que los autores clásicos no fueran desconocidos de los escasos cultivadores de las letras en aquella edad, el pueblo se comunica sus impresiones, y los trovadores entonan sus cantares y leyendas en un lenguaje semibárbaro, compuesto de varios y heterogéneos elementos; pero que crece y se desarrolla á medida que el latin enferma y agoniza, y que encierra el gérmen de magníficos idiomas y brillantes literaturas.

Ha dicho un moderno escritor (1) que cuando los pueblos tuvieron su lengua, tambien tuvieron pensamiento propio, vivo y espontáneo; y yo añado que tambien tuvieron poesía. La de la edad media, genuina expresion de aquel laborioso período de misticismo apasionado, exaltacion caballeresca y rudeza de costumbres, convirtiendo el amor á la mujer en una especie de culto, fomentando la pasion de las armas y el espíritu de aventuras, y empapándose en cierto maravilloso orientalismo con la guerra de las Cruzadas y la invasion de los árabes en Europa, contribuyó en gran manera el desarrollo del feudalismo, fase providencial por la que debian pasar los pueblos ántes de constituir grandes nacionalidades.

Pero la primera obra poética en lengua vulgar, que verdaderamente abarca la nueva civilizacion y caracteriza por consiguiente la nueva poesía; poema social y profundamente suge-

(1) LAMENNAIS, *Introduccion á la Divina Comedia*

tivo al mismo tiempo, tan grande como la *Ilíada*, sin asemejarse más que en esto al del poeta de Smirna; poema en que se entraña la luz de una nueva religion y de una nueva filosofía; en el cual resalta el áspero individualismo de aquellos tiempos, y la mujer aparece regenerada, y el amor en gran manera distinto de la pasión material que habían sentido y pintado los poetas del paganismo, — es el que apareció, cuando espiraba la edad media, como aurora del renacimiento. Ya habréis comprendido que me refiero á la *Divina Comedia*. Si la epopeya es la poesía de la humanidad, la obra de Dante es el poema más grande y de mayor alcance que ha producido el ingenio humano, y no ménos diferente en el fondo que en la forma de las creaciones de la antigüedad griega y latina.

La *Divina Comedia*, como toda producción artística en la infancia de las civilizaciones, se aparta de la tradición y de las reglas establecidas; pero se acerca más á la naturaleza. El sentimiento es en ella más espontáneo, más verdaderas las pasiones, el estilo más pintoresco y conciso. El carácter esencialmente original y sugestivo del poema le presta, además, una vida, un interés, y á veces un encanto que no suele hallarse en obras de tiempos más adelantados, cuando el esmero y atildamiento de la forma vienen á menudo á reemplazar el nervio del pensamiento.

En la *Divina Comedia* no se cantan, como en los conocidos poemas de la antigüedad, las hazañas de un héroe determinado, la ruina de una ciudad ó la creación de un imperio. En esta obra cósmica, si me es lícita la palabra, hay una acción inmensa, la acción de toda la humanidad al través de los siglos; acción en que toman parte los cielos y la tierra, todas las potencias del espíritu y todas las resistencias de la materia; en que tienen representación todas las virtudes y todos los vicios; en que el hombre aparece desenvuelto en todas sus fases, desde el fango de la corrupción, donde se arrastra á par de los

brutos, hasta las etéreas regiones donde la Esencia divina está oculta por las nueve gerarquías angélicas que la rodean (1). Teología, filosofía, historia, astronomía, política, artes, todo, todo lo abarca y condensa la portentosa trilogía de Dante. Pero donde más se perciben las diferencias que lo distinguen de los poetas gentiles, es en la pintura de pasiones y sentimientos. ¿Qué poeta del paganismo pudo soñar siquiera la maravillosa figura de Beatriz, admirable conjunto de luz y de amor, de pureza, de hermosura y de idealismo? ¿Qué tiene que ver el fuego sin escorias y sin ceniza que inflama el corazón de Dante con el liviano erotismo de los poetas griegos y latinos? Y lo que digo de Dante, podría decirse de Petrarca y aún de Tasso, que ya escribía cuando el renacimiento empezaba á dar cierto tinte pagano á la literatura. El amor, fuera de su acepción material, era entre los gentiles considerado como flaqueza. No hay más que comparar las relaciones de Ulises y Calipso, ó del piadoso Eneas y la triste Dido, con los amores de Reinaldo y Armida, para convencerse de la gran revolución que habían experimentado las ideas y sentimientos, y del carácter particular que dió el Cristianismo á la pintura de las pasiones, al imponerles, como dice un escritor, «un freno secreto, y agitar en torno de ellas los mares de la conciencia».

Pero volviendo á la *Divina Comedia*, otra de las cosas que más la caracterizan y distinguen de los antiguos poemas es su fin profundamente moral y filosófico, resumido en aquellos versos del *Purgatorio*, cuando Virgilio dice á su compañero á la entrada del Paraíso:

*Liberò, drillo, sano è tuo arbitrio,
E fallo fora no fare a suo senno;
Perch'io te sopra te corono e mitrio* (2).

El espíritu humano, después de mil penosas evoluciones,

(1) *Paraíso*, canto xxviii.

(2) *Purgatorio*, canto xxvii.

llega al último de sus desenvolvimientos, cuando libre de los vicios y errores que lo esclavizan en la tierra, dueño de sí mismo, sacia su sed en las fuentes del amor celestial, y abre sus alas á los resplandores de la verdad divina, como fénix que de la sombra del pecado renace al clarísimo oriente de la gracia.

En todos los poemas hasta entónces conocidos el autor desaparece detras del asunto que desarrolla, fuera de las invocaciones en que pide auxilio á las musas, ó de alguna que otra alusion á su propia persona. En la *Divina Comedia* el poeta lo es todo; su personalidad, que sirve de lazo á todas las partes de la obra, no desaparece un momento. Dante es el vértice en torno del cual pasan los hombres y las generaciones, se mueven los astros y giran las esferas.

Si de esta generalizacion fuera lícito pasar á los episodios, á los dramas que á cada paso se representan en el curso del poema; podria citar bellezas sin cuento, ya en el retrato de pasiones y caractéres, ya en la sóbria y feliz expresion de profundos pensamientos. Pero en esta obra, como en las anteriormente examinadas, volvemos á hallar, al lado de lo absolutamente bello y verdadero, lo transitorio y contingente, lo que se relaciona con las pasiones políticas y errores científicos, esto es, con el estado social de la época. Los odios de partido y el simbolismo, tan en boga en aquellos tiempos, hacen ademas oscuros y hasta ininteligibles muchos pasajes. Pero lo comprensible, que es donde se encierra la verdadera poesía, es lo que nos encanta, y basta por sí solo para colocar á Dante entre los primeros genios de la humanidad. Ocioso fuera hablar aquí de la extraordinaria influencia de la *Divina Comedia* en la literatura y en la sociedad. Lo que atañe á mi propósito es manifestar, como se deduce de lo expuesto, que la genuina inspiracion poética es aquella que se funda en la verdad eterna del corazón humano, y en la verdad social de la época en que el poeta escribe.

III.

La poesía espontánea y original, que, ligada con las vicisitudes de los pueblos, empezaba á producir vigorosos y sazonados frutos, segun la índole particular de cada tierra y el desarrollo de los modernos idiomas, recoge el vuelo á medida que avanza el renacimiento; y el númen pagano de la antigua Grecia y de la clásica Roma, postergado y oscurecido por el estro de las nuevas naciones, se vuelve á levantar en el campo de la literatura.

Las causas que determinan esta nueva fase, en la que tanto influyeron los grandes centros literarios establecidos en Europa, os son á todos conocidas.

En Italia, guardadora de la antigua tradicion y más cercana á los clásicos manantiales, empezó el movimiento retrógrado; y de aquella cuna del humano saber se extendió en breve por las demas naciones. El más profundo y general conocimiento del griego y del latin, purificó y engrandeció las modernas lenguas; pero el vehemente entusiasmo que despertaban los modelos de Grecia y Roma contribuyó á desnaturalizar la verdadera poesía, apartándola del propio caudal, para volver á reflejar tipos, ideas y creencias de civilizaciones que pasaron para siempre. En España Boscan y Garcilaso, Dubellay y Ronsard en Francia, y más tarde en Inglaterra los poetas de la república, y muy particularmente los de la restauracion, fueron los introductores del nuevo sistema, que tan gran predominio llegó á ejercer en las letras europeas.

Por una de aquellas contradicciones, más aparentes que reales en la vida de los pueblos,— al mismo tiempo que con la reforma religiosa, triunfante al cabo en Inglaterra y otros países, la orgullosa razon humana quería romper toda traba, y parecia como que el pensamiento iba á cernerse sin freno

alguno por las regiones del arte y de la ciencia, la clásica imitacion se introduce como elemento preponderante en las literaturas, los doctos empiezan á desdeñar los cantos populares de las naciones, y Homero, Virgilio, Anacreonte, Horacio, Ovidio, á ser considerados como perfectos modelos que el arte no podia abandonar sin extraviarse y parar en el mal gusto. La musa nacional, sin embargo, no fué enteramente vencida, como despues manifestaré al hablar de España; pero siendo particularmente mi objeto caracterizar la verdadera poesía, debo fijar preferentemente la atencion en la bastarda tendencia que la desnaturalizaba, y en los inspidos frutos que la sistemática imitacion debia necesariamente producir.

Al inaugurarse el período literario cuyo bosquejo trato de presentaros, dos grandes poetas aparecen en Italia: Ariosto y Tasso. El primero, engolfándose en las tradiciones y leyendas caballerescas de la edad recien fenecida, y entregándose á los caprichosos devaneos de su prodigiosa y fecunda imaginacion, dió á Italia y al mundo el *Orlando furioso*. Este peregrino poema, en que el autor recorre con indecible maestría todos los tonos, y en que mezcla y enlaza con rara habilidad los más singulares episodios (obra extraña y de vigorosa originalidad), venía como anticipada protesta contra la clásica reaccion llamada á subyugar la lira del renacimiento. Pero el impulso estaba dado, y no era fácil que el *Orlando* lo contrastase, siendo por su índole especial más á propósito para excitar admiracion que para formar escuela. En cuanto al poeta de Sorrento, buscó, es verdad, en las Cruzadas y en la redencion del Santo Sepulcro el argumento de su magnífico poema; pero, feliz imitador de Virgilio, su *Jerusalén libertada*, así como su *Aminta*, sancionan ya la nueva tendencia clásica y pagana de la literatura.

La poesía de imitacion quedó, pues, entronizada; y entre todos

los géneros entónces en boga, ninguno que la alcanzase tan cumplida como el anacreónico y pastoril. Miéntas los Gobiernos se empeñaban en lejanas y heroicas empresas y las naciones gastaban sus fuerzas en sangrientos combates, ó sufrían violentas y trastornadoras convulsiones, ¿quién lo diría? los idilios, las églogas, los poemas pastorales y anacreónicos llegaban, como invasora inundación, al Parnaso. No hay para qué encarecer lo falso y convencional de esta poesía. Las imágenes, los pensamientos y hasta los nombres propios podrían estar tomados de Teócrito ó de Virgilio; pero, generalmente hablando, los bosques y praderas, en manos de estos nuevos poetas pastores, no *olían á cantueso ni á tomillo*; y sus Cloes y Batilos, por más que tuviesen en la mano el cayado ó la colodra, no tenían verdadero sér humano en el corazón ni en la lengua. ¿Y qué diré de los amanerados imitadores del lírico de Teyo, cuyos tipos están ya tan distantes de nuestro entendimiento, y cuya filosofía frívola y sensual tanto se aparta de nuestras cristianas creencias? Es de ver á hombres graves, á escritores rectos y morigerados jactarse de artificial intemperancia y de falso sensualismo, únicamente por el gusto de escribir poesías anacreónicas, cuando no entretenerse en repetir hasta la saciedad alegorías gastadas y triviales. Pero los nuevos géneros exigían cierta clase de argumentos, y á ellos era preciso apelar; habiendo llegado el fanatismo de algunos hasta afirmar que no había más que diez escenas bucólicas, por no ser más que diez las églogas de Virgilio. Ridícula manía de que tan donosamente se burlaba nuestro Juan de la Cueva en los siguientes tercetos de su *Ejemplar poético*:

Quieren también que sea ley forzosa
Que no pase de diez el que hiciere
Églogas, y no sé el que dió en tal cosa,
Y si un auto de Apolo no exhibiere,
Al eglógrafo absuelvo, porque ignoro
En qué delito incurra el que excediere.

En una palabra, los poetas se habian convertido en rimadores de escuela; y aunque por todas partes aparecian nuevas composiciones, y el cúmulo de los versos aumentaba, la musa de los pueblos espiraba de inanición.

¿Pero la poesía imitativa, se me preguntará, está fuera de las condiciones propias de la verdadera poesía? Nada más lejos de mi pensamiento, si se entiende por imitación la que busca en obras inmortales auxilio, estímulo y guía; no aquella que paraliza y envilece la inspiración, ahogando los naturales impulsos del alma. Como el pedernal herido por el eslabón produce la luz, y una antorcha se enciende en otra, el talento se inflama y desarrolla al contacto del talento. La imitación en las artes y en las letras es la cadena que nos lleva, de progreso en progreso, á la perfección que tanto anhelamos. Sin la asimilación bien entendida de lo antiguo con lo moderno; sin la mancomunidad de ideas y sentimientos entre todas las épocas y todas las ramas del humano linaje, prueba excelsa é irrefragable de la unidad de su origen y de su fin, ¿qué sería de los adelantamientos de los pueblos? ¿qué de la actual civilización, que es sólo herencia, cuando no suma y condensación de todas las anteriores? Los pensamientos que brotaron al calor intelectual de pasadas centurias, fructifican, se desenvuelven y perfeccionan por medio de imitadores, y el gran merecimiento de los hombres de ingenio no estriba tanto en despertar la admiración de sus contemporáneos, que no siempre les hacen justicia, como en dejar huellas de luz á los siglos venideros.

La imitación, según el docto Pinciano, ya citado anteriormente (1), es ingénita en el hombre. «Imita el niño apenas deja vacío el seno de la madre; imita el artesano las formas de la naturaleza humana; el artífice sus bellezas; el sabio, el filósofo y el médico aspiran á imitar la perfección de lo creado; ¿y qué

(1) *Filosofía antigua poética.*

hace el repúblico cuando con hartura, paz y justicia gobierna la tierra, sino imitar la infinita bondad de Dios?»

Ni es sólo en los escritores españoles de los siglos xvi y xvii donde suelen encontrarse sobre este punto ideas tan sanas y verdaderas. En los sabios pensadores de la antigüedad hállanse también observaciones que, ciertamente, no desdeñaría la moderna crítica. «Muchos hay (dice el insigne autor del *Tratado de lo sublime*) á quienes el talento ajeno arrebató, como el santo furor á los sacerdotes de Apolo sobre la sagrada trípode.....

»..... Las grandes bellezas que notamos en las obras de los antiguos, son como otros tantos manantiales sagrados, de que se desprenden felices exhalaciones que se difunden en el alma de sus imitadores.....

»..... Platon ha bebido en Homero, como en vivo manantial del que ha derivado infinitos arroyos (1).» En efecto, la imitación es legítima y hasta necesaria en la poesía; pero aquella que vivifica y da nuevo sér á ajenos pensamientos, encarnándolos en la civilización á que uno pertenece, imprimiéndoles el sello del propio ingenio, y naturalizándolos en la lengua en que se escribe. El poeta que se entretenga en evocar personalidades mitológicas, en volver sobre trilladas alegorías, ó en describir pastores y zagalas, sin haber salido tal vez de las puertas de alguna ciudad populosa, podrá escribir versos pulidos y correctos; pero, á lo sumo, logrará presentar á nuestros ojos una espléndida mascarada. Sus tipos y personajes serán como los árabes y romanos que en días de Carnaval cruzan por calles y plazas: podrá gustarnos, tal vez, la pompa de los trajes ó el vivo esplendor de los atavíos; pero las personas que los revisten, de seguro no nos interesan.

No me cansaré de repetirlo: la poesía que no cree, siente ó piensa, no es poesía; y sólo aquella que tiene por fundamento

(1) LONGINO, *Tratado de lo sublime*, cap. xi.

al hombre y por cuadro la naturaleza, podrá ser objeto de imitacion bien entendida para los modernos. Gracian ha dicho en su *Agudeza y Arte de Ingenio*, que «suele faltarle de eminencia á la imitacion lo que alcanza de facilidad, y que no ha de pasar los límites del seguir, que seria latrocinio». En efecto, la imitacion no es la copia. Virgilio es imitador felicísimo de los vates que le precedieron; y sin embargo, Virgilio es lo que debia ser: el poeta del siglo de Augusto: Camoens imita la *Eneida* en sus *Lusiadas*, y á pesar de ello, son dos obras de diverso linaje, y entre la muerte de Dido y la de D.^a Inés de Castro, pintadas una y otra con gran viveza de colorido, claramente se nota la disparidad nacida de las distintas creencias fundamentales de ambos poetas. Milton y el Tasso, particularmente el segundo, imitaron tambien al cantor mantuano; y, no obstante, sus bellos é inspirados poemas serán siempre objeto de admiracion y de aplauso. Mas cuando la imitacion se convierte en copia; cuando la literatura abandona el cauce de la nacionalidad, en lugar de ensancharlo y enriquecerlo con nuevos caudales; cuando las ideas, las costumbres y los sucesos siguen un derrotero, y el arte se afana por seguir otro distinto, la rica sávia de la inspiracion se estanca ó se extravía, como á veces el puro manantial se torna en insalubre pan'ano, ó va á perderse en infecundas arenas.

La poesia de imitacion, propagada y extendida por el renacimiento, no podia ménos de recorrer, aunque con azarosa y vária fortuna, los diferentes pueblos de Europa; pues sus mútuas relaciones y la mancomunidad de ideas y de intereses hacian que ninguno de ellos pudiera mantenerse aislado ni al abrigo de las innovaciones científicas ó literarias.

Allende los Pirineos, si en manos de los sucesores de Ronsard la musa clásica iba gradualmente degenerando y apartándose de los primitivos modelos (como en los cuadros las copias de las copias cada vez se alejan más del original), — vuélvese

á levantar con la preponderancia francesa; y agregándose á la influencia latina la italiana, y más adelante la española, y fundiéndose todas al calor de la gran monarquía de Luis XIV con el elemento nacional, se formó aquella poesía, no sin razón denominada clasicismo frances, que tan bien refleja la pompa y esplendor de aquel reinado. Este clasicismo, distinto del griego y del latino, y al que no faltaron ni grandes trágicos, ni notables líricos, ni legislador que dictase al Parnaso las estrictas y arbitrarias leyes de que ya hice mérito, se extendió por las naciones vecinas, ya ejerciendo en Inglaterra poderoso influjo en los frios y acompasados poetas del tiempo de la reina Ana, ya viniendo á restaurar las letras españolas, al par que se restauraba nuestra quebrantada y decadente monarquía.

Pero mucho ántes que el clasicismo frances llamase á nuestras puertas, el elemento italiano se habia introducido en España; y fuerza es confesar que la lengua, en manos de los llamados petrarquistas y de los poetas académicos que les siguieron, ganó notablemente en fluidez, riqueza y elegancia.

Si con la imitación de la poesía italiana del renacimiento, y con el gusto clásico preponderante, la lírica española empezaba, como la de otros países, á resentirse de cierta monotonía y falta de espontaneidad, algunos poetas eminentes vinieron, sin embargo, á dar lustre y gloria á nuestro Parnaso. Entre otros, Leon y Rioja, sin renunciar á la pulcra belleza de la forma ni á la cuerda imitación de los antiguos modelos, pero inspirándose sólo en sus creencias y afectos, en sus ilusiones y desengaños, en los hechos de la patria historia, — cantaron con tal vehemencia, con tal sencillez de expresión, con pensamientos tan tiernos, y á veces tan profundos y filosóficos, que pocas ha llegado después la lírica española á tan grande altura. Pero al paso que los cultivadores de los nuevos géneros propagaban la poesía de imitación, y que los poetas eruditos rendían exagerado culto á dogmas y ejemplos literarios de civilizaciones pa-

ganas, del espíritu genuino de la nación brotaba otra literatura libre, espontánea y vigorosa, donde se reflejaban la lealtad caballeresca, la fantasía mística, el heroísmo ideal, el amor respetuoso á la mujer rehabilitada; todos los móviles, en fin, religiosos y políticos nacidos en la sociedad española de la confusa amalgama de los elementos góticos, árabes y cristianos con los luminosos vestigios del mundo antiguo.

Ya comprendéis que me refiero al teatro y á los romanceros españoles, claro espejo de la nacionalidad castellana, riquísimo tesoro de las generosas tradiciones, de los contrastes morales y elementos épicos de nuestra historia.

La poesía popular, acaso desdeñada al principio por los cultivadores de los nuevos géneros, —á fines del siglo xvi y principios del xvii encontró preclaros ingenios que la enriquecieron notablemente, dando mayor enlace y trabazón á sus argumentos, y realzándola con la elegancia y corrección á que había llegado el idioma. El universal y fecundo Lope, el fácil y exuberante Góngora, ántes de perderse en el laberinto de sus extravíos, y el profundo é ingenioso Quevedo, dieron tal color, tal vida y corrección á los romances, que levantaron la lira del pueblo hasta los límites de la más culta y elevada poesía. Mas donde la inspiración popular se desarrolló con admirable lozanía, fué en nuestro teatro, no ménos notable por los tesoros líricos que encierra, que por la pintura de nuestros tipos, caracteres y costumbres en los siglos xvi y xvii.

Pero España, en las débiles manos de los últimos príncipes de la casa de Austria, y con las falsas ideas que en política y en administración predominaban, se hundía bajo el peso de su antigua grandeza. Con la humillación fuera, con la falta de cordura en el trono y de ilustración en las clases elevadas, y con el embrutecimiento en el pueblo, amenguaba más y más el círculo de la ciencia, y, falta de atmósfera, se apagaba la antorcha de la poesía, ó agitada por los gongoristas producía sólo siniestros y

confusos resplandores, más á propósito para ofuscar la vista que para iluminar el ideal de la belleza.

IV.

La revolucion francesa de la pasada centuria, como todos los grandes acontecimientos humanos, debia dar nuevo sér á la poesia. La tendencia clásica, materialista y pagana volvió un momento á dominar en las esferas del arte. Los cultivadores de las musas se dedicaban á escribir poemas como la *Henriada* y *Los reinos de la naturaleza* (imitaciones más ó ménos atildadas de los poetas del siglo de Augusto), ó tragedias sobre las de Sófocles y Eurípides, en que se desnaturalizaba completamente la sencillez y libre espíritu del teatro griego; y los grandes demolidores, para los cuales no habia freno ni barrera, bajaban humildemente la cabeza ante Boileau, que vivia aún en su fécula de pedagogo. Mas no importa; la filosofia y la ciencia, en medio de tan deshecha tempestad, seguian su camino; y aquel retroceso de la poesia era como para tomar vuelo y seguir al entendimiento humano en su vário y azaroso camino. Tras la revolucion social debia venir la revolucion poética, y así se verificó en efecto.

Los poetas italianos que florecieron á fines del pasado siglo y principios del presente (1), en quienes ya se deja ver una libertad, un vigor de pensamiento y un tinte á veces tan hondamente melancólico; el mismo Andrés Chenier, en la vecina Francia, que en medio de su inspiracion clásica marca con sello tan personal sus elegías, y se enardece con tan viva passion en sus yambos; Wordsworth, Coleridge y otros en Inglaterra, precursores del gran bardo que debia eclipsarlos á todos, daban ya á conocer en sus obras que se efectuaba á la sazón

(1) Monti, Hugo Foscolo y otros.

un gran movimiento literario. Pero de donde principalmente partió el nuevo impulso que debia caracterizar la moderna poesía, fué de la docta Alemania. Region de grandes pensadores, pueblo de índole reflexiva, y lanzado recientemente en la comunidad poética europea, con sus sabios filósofos y eruditos, y sobre todo, con sus grandes poetas Schiller y Goëthe, que eran al par eminentes críticos, habia probado con la teoría y el ejemplo: primero, que la musa de los griegos y latinos no siempre fué bien interpretada ó comprendida; y segundo, que el ideal de la belleza puede buscarse por múltiples y diversos caminos. Estos escritores y el famoso Byron, que por sus alardes de ilimitada libertad de espíritu, de opinion, de creencias y de conducta, por su escepticismo descarado, por su amarga ironía, por su desprecio del bien y del mal conmovia profundamente la sociedad inglesa, y al que tan bien podrian aplicarse aquellos versos de uno de sus más célebres imitadores:

Alma rebelde, que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamas vencida;

estos escritores, repito, fueron los que verdaderamente fomentaron la gran revolucion literaria cuyas consecuencias tocamos en nuestros dias.

En Francia, la baronesa de Staël y Chateaubriand, con su sentimiento poético y elevada prosa, prepararon el campo á las nuevas ideas; y la impresion que causaron las obras del vate britano, y la influencia de los poetas alemanes, juntamente con la reaccion monárquica y cristiana y con la caida del imperio, fundaron la nueva escuela en que tan gloriosamente han figurado los nombres de Victor-Hugo, Lamartine, Delavigne y Beranger, el libre y popular cancionero.

En este nuevo período de la poesía, los clásicos modelos de Grecia y Roma empezaron á ser desatendidos; volviéronse los ojos á la edad media, y en sus trovas, leyendas y tradi-

ciones, en sus monasterios y castillos feudales se buscaron los veneros de inspiracion. Como, dado el impulso de las innovaciones, es ley de la humanidad que ha de llegarse al último extremo,—al rededor de grandes poetas que enaltecieron la nueva era con libres, pero bellos é inspirados cantos, se formó una poesía bastarda que, si bien emanada de principios verdaderos, vino á confundir la inspiracion con la calentura, la originalidad con el absurdo, la libertad con el delirio. Esta exagerada escuela, tanto más avasalladora cuanto más efímero debia ser su reinado, llegó hasta el fondo de la sociedad, influyendo poderosamente en las ideas y costumbres, y hasta en las modas de los pueblos de Europa.

No fué ciertamente en España donde ménos se dejó sentir esta que bien pudiera llamarse epidemia literaria.

La libertad de inspiracion, sin embargo, contaba ya entre nosotros insignes representantes. Habíase ya ejercitado la ardiente imaginacion de Cienfuegos sobre un fondo de ideas más filosófico que la musa de sus predecesores; y el tono y carácter de sus acentos guarda, á veces, no poca semejanza con la poesía inglesa y alemana (1). Posteriormente á este elevado poeta, el inolvidable Gallego y el ilustre Duque de Frias, inflamando sus pechos en la llama del más acendrado patriotismo, y particularmente el gran Quintana, llevando su lira de oro á los nuevos espacios abiertos por los progresos de la civilizacion, no temian ya emanciparse de la rutina de escuela y señalar nuevos rumbos al arte. Pero era menester que la libertad degenerase en licencia, y que á la poesía convencional del último siglo sustituyera la falsa y amanerada del presente. El *romanticismo*, á la sazón predominante en Francia, invadió, pues, nuestra península, y avasalló la nueva generacion. Los poetas ya no invocaban las musas, ni se cuidaban para nada de las

(1) QUINTANA, *Introduccion á la poesia del siglo XVIII*.

deidades del Olimpo. Aquellos zagales y pastores que convertían el campo literario en una Arcadia, y que tanto abusaron de la paciencia de nuestros padres, tuvieron que romper sus zampoñas; porque las Cloris y Lesbias, habiendo cambiado completamente de aficiones, se dormían con las quejas de sus sencillos amantes, no dándoseles ya un ardite de las ovejas que pacían, ni abriéndoles el apetito la descripción de los lacticinios y frutas campestres. Empeñábanse aún algunos poetas rezagados en cultivar los antiguos géneros: la fama y el aplauso seguían la marcha de los innovadores. Para pasar por genio necesitábase atropellar todas las reglas, y hasta los fueros del sentido común, como si las leyes del buen gusto y la razón no fueran inmutables lo mismo que el origen de donde dimanaban. El extravío llegó á los últimos límites: los cementerios, las sombras, los espectros, verdugos y sepultureros, vinieron á ser una especie de emporio poético para nuestros versificadores, de igual suerte que lo habían sido y seguían siéndolo para los de Francia. Todos eran genios que la sociedad no comprendía; todos eran ángeles caídos. Esta nueva escuela, que en sus exageraciones engendró una poesía tan falsa como la que trataba de sustituir, aunque menos halagüeña, produjo, no obstante, entre nosotros grandes líricos que con mejores estudios ó más talento que sus imitadores dieron gloria y celebridad á la bandera regeneradora, contribuyendo á afianzar lo que de verdad tenía el nuevo sistema. No quiero citar nombres de personas que aún viven para lustre de la patria. Todos conocen quiénes han sostenido entre nosotros el estandarte de la revolución literaria. Haré solo mención del malogrado poeta por quien lloran todavía las musas españolas, feliz introductor de la poesía byroniana en nuestro Parnaso. Espronceda, al imitar y propagar la extraña poesía del bardo inglés, con quien tantas analogías, de carácter lo ligaban, lo hizo, á fuer de verdadero talento, españolizando la extranjera inspiración, acreciendo la propia

con la ajena sávia, y revistiendo comunmente sus concepciones de una diccion esmerada, armoniosa y castiza. En medio de tantos otros que en los mismos dias conculcaban la lengua en abortos literarios sobre los cuales pesa ya el olvido, el jóven poeta supo demostrar en sus versos que la más temeraria libertad de la idea no está reñida con la correcta hermosura del lenguaje; sin la cual, aún los pensamientos de mayor profundidad y belleza vagan sin dueño, hasta que alguno más dichoso consigue aprisionarlos para siempre en elegante y vividora forma. *El Pirata* es imitacion del *Corsario* de Byron; mas ¿qué importa, si será una cancion española miéntras viva el idioma castellano? Alguna vez he cotejado la carta de D.^a Inés á D. Juan y la de Elvira á D. Félix, y no he podido ménos de dar preferencia á la segunda.

Pero la manía romántica fué como nube de verano, que si momentáneamente oscurece el claro azul del firmamento, deja al pasar más limpia y serena la atmósfera y fecundados los gérmenes de la tierra. Sí: acabó el delirio de una poesía exótica y bastarda, pasó el mal gusto; pero tambien huyó para no volver el seudo-clasicismo mediante el cual los poetas parecian constantemente ocupados en darnos un cuerpo sin alma. En cambio, la escuela innovadora ha hecho volver los ojos á tesoros literarios que yacian arrinconados ó desconocidos por el orgullo de secta y la comun ignorancia. Las tradiciones poéticas de la edad media, los primitivos cantos germanos y escandinavos, las antiguas leyendas y cancioneros, la rica vena de nuestros populares romances, han sido profundamente estudiados por célebres eruditos, entre los cuales será siempre enaltecido el sabio D. Agustin Durán; y la moderna filosoffa, la mayor ilustracion de esta época, y los adelantos de la estética y de la crítica han derramado luz sobre todas las literaturas. En el gran juicio abierto á las obras de la inspiracion y del arte, así hay lauros para los poetas de la antigüedad pagana, como

para los de otros tiempos y otras civilizaciones. ¡Dichoso romanticismo, que ha logrado rehabilitar la memoria de nuestros grandes dramáticos y romanceros, y que ha hecho comprender á los modernos que Dante es tan grande como Homero, y que Shakspeare y Calderon no valen ménos que Sófocles y Eurípides.

Creo haber manifestado, aunque imperfectamente, que la deificación de la materia y el culto de la forma caracterizan la musa de los griegos y de los latinos; que el espiritualismo é ideal pureza de los sentimientos alientan en la inspiracion nacida al impulso de las creencias cristianas; que la desmedida imitacion de los antiguos modelos embarga y descamina la lira del renacimiento, y que los extremos de libertad y los alardes de independendencia, si contribuyeron á extraviar el númen de los contemporáneos, han sido, en cambio, manantial de grandes bellezas, sacando á la crítica del rutinario círculo que la aprisionaba, y ensanchando los horizontes del arte. En suma, que la poesía refleja todas las vicisitudes sociales, y que para ser castiza y verdadera ha de tener por base una genuina inspiracion.

Pero ¿qué rumbo debe seguir en estos tiempos? ¿Qué carácter ha de distinguirla? ¿Qué objeto debe proponerse? No es el mio dilucidar tan arduas cuestiones; mas para completar este débil bosquejo permitidme todavía añadir algunas brevísimas palabras.

La epopeya no me parece posible en estos tiempos. ¿Qué imaginacion de fuego podria abarcar en un poema, trazándoles el camino de lo futuro, la perpétua lucha de afirmaciones y negaciones, la confusion de ideas y de principios, de pasiones y de intereses que tanto embrollan y complican las relaciones del mundo en que vivimos? Y si restringiendo los límites de la epopeya, sólo la considerais bajo el punto de vista heroico, ¿dónde hallar en ésta época esas grandes figuras que sobre las otras descuellen, como los héroes de la *Ilíada* ó de la *Eneida*?

Cuando el prestigio del heroísmo individual, ayudado de la fuerza y de la destreza, cede el campo al imperio de las ideas, y éstas son patrimonio de todo el mundo, la sublimidad humana se hace cada vez más rara en la esfera del arte y de la fantasía, viniendo á ser punto ménos que imposible.

Ademas, lo maravilloso, auxiliar importante de la musa épica, y que tanto exaltaba la imaginacion de los antiguos, se aviene mal con el espíritu de análisis y con el monótono realismo que desgraciadamente alcanzamos.

Mas si la poesía social, en su manifestacion épica, no es de los tiempos que corren; si en el tráfigo de pasiones é intereses, de encontradas doctrinas y opuestos sistemas en que todo aparece mezclado y confundido, se pierde el entendimiento y no acierta á encontrar el vínculo moral de tan incoherente y contradictorio conjunto, todavía el poeta, encerrándose en las profundidades de su corazon, puede encender la fantasía en el fuego de sus quebrantadas creencias, ó abandonarse á las vacilaciones de su espíritu, ó volar audaz en alas de la filosofía; y ya lamentándose sobre las ruinas de lo pasado, ya entusiasmándose con los grandes descubrimientos de la edad presente, ó bien expresando sólo sus íntimos afectos y emociones, todavía puede levantar nuestra mente á las sublimes regiones de la belleza.

El carácter de la poesía contemporánea ha de ser esencialmente sugetivo; y no pudiendo subordinarse á un pensamiento único y grande, á donde converjan la sociedad, la filosofía y el arte, forzoso es que en sus manifestaciones diversas refleje nuestra vida de lucha y de contradiccion en su infinita variedad de ideas, formas y aspiraciones. La poesía, como dice un escritor, describe una espiral en su carrera; su punto de partida es lo infinito, y su término el corazon del hombre.

He llegado, señores, al fin de mi tarea. Si en las breves reflexiones que acerca de la poesía he tenido la honra de presentar no he logrado colocarme á vuestra altura; si ha habido

error en mis juicios, ó si, lo que creo más probable, siendo verdaderas las ideas que acabo de exponer y que abrigo con arraigada conviccion, no he podido acertar con la castiza, pura, y esmerada forma que avalora los pensamientos, y que tan bien cuadra al saber y buen gusto de esta ilustre corporacion, no acalleis los generosos impulsos que os movieron á darme asiento entre vosotros, y cubrid mi pobre discurso, como cubristeis al autor, con el manto de vuestra benevolencia.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS,

EN CONTESTACION AL PRECEDENTE.

SEÑORES :

Ya en dos ocasiones habeis hecho conmigo pruebas de benevolencia, y sin embargo, aunque en la presente quisiesséis llevar vuestra largueza hasta la prodigalidad, todavía me dirigiria á vosotros con recelo y temor respetuosos. Porque, en verdad, cuanto más hidalgos sean los afectos que os animan, tanto más ha de temer el vulnerarlos quien, como yo, os viene á defraudar de una esperanza legítima, y en el caso presente natural y santa.

Cierto, al saber que la Academia Española abria sus puertas á D. Enrique de Saavedra, marqués de Auñón, os lisonjeabais con que le diese la bienvenida aquel otro D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, á quien todos ó casi todos habeis aplaudido en el Parlamento y en el Teatro. Algo os prometiais ver del colorido brillante del *Moro expósito*, del interes dramático de *Don Alvaro* y de las galas inimitables de los *Romances históricos*; y al levantarme yo, desautorizado y pequeño, balbuciente y pálido, para suplir al que por tantos títulos y tan dignamente nos preside, vengo á desempeñar el desgarbado papel de aquellos autores de compañías cómicas que en mal hora salen á

anunciar al impaciente público la ausencia inoportuna del actor eminente.

Y con todo, señores, asombro da decirlo, aún abrigo esperanza de que me oigais benévolos y hasta agradecidos, no ya solamente porque obedezco en esta ocasion á superiores preceptos, sino porque alcanzaré á presentaros al nuevo Académico con mayor desembarazo é imparcialidad que su ilustre padre, y á éste ahorraré, no ya el trabajo solamente, que fuera poco para persona tan erudita, sino emociones acaso sobrado fuertes para sus venerables canas y su salud quebrantada. Porque ello es cierto que quien en tantas ocasiones ha sido públicamente laureado, temblará al poner esta medalla de honor en los hombros de su hijo; y quien tuvo pecho para resistir en Ocaña las lanzas francesas, quizá desfalleciera al pronunciar un nombre más familiar á su amor que no á su respeto; que hartos saben los que me escuchan que penetra más hondamente en el corazon el cariño del padre que el hierro del enemigo.

No penseis, con todo, señores, que estos afectos, por nobles que os parezcan, y que son poderosos á alentar mi apocamiento y á esforzar vuestra indulgencia, han influido en modo alguno en el fallo de la Academia en la ocasion presente, ni en otra ninguna. A la justicia miramos, que no al amor, cuando elegimos; jueces somos, que no hermanos, al abrir las puertas á un nuevo compañero; harto á menudo llama á ellas la muerte para poner á prueba nuestra fraternidad y nuestro amor.

Aún no se habia ocupado la silla que estrenó el insigne literato D. Agustin Durán, cuyo sucesor teneis presente, y ya vimos vacante otra nueva, que habia primero que nadie llenado el insigne estadista, honrado patricio, preclarísimo orador y poeta, D. Nicomédes Pastor Diaz. La Academia, segun costumbre, ha cumplido ya el doloroso deber que su fraternidad y su amor le dictan; en breve tambien en este mismo recinto hablará en su elogio aquel que tenga la sensible honra de reem-

plazarle. Séame, entre tanto, permitido á mí, que como Ministro le adelanté la entrada en este cuerpo, proponiendo á S. M. el aumento de tres plazas, y que como particular y amigo recibí su última despedida, consagrar ahora este sentido recuerdo al varon eminente, que deja á los estudiosos libros; á los honrados virtudes; y á todos acciones que imitar.

Pero volviendo á la eleccion del nuevo Académico, diré que fué dictada, no por el favor, sino por la equidad; porque la igualdad, que hoy se pinta y alaba como adquisicion moderna, justo es confesarlo, es ya derecho antiguo en este recinto. En él más há de un siglo, y cuando estaban en auge los privilegios heráldicos, se sentaba querido y venerado, quien no habia tenido al principio de la vida padres conocidos; en estas mismas sillas, no hace mucho, nos admiraba con sus lecciones el que habia visto correr su infancia en el taller de un tejedor de sedas: llamábanse aquellos dos insignes académicos Interian de Ayala y Alberto Lista. El que hoy entra de nuevo en este recinto (tanto han mudado los tiempos) ha encontrado como obstáculos un antiguo abolengo y una corona de duque; pero la Academia, que no pidió á aquellos su fe de bautismo, no ha de excluir á éste por su ejecutoria de grandeza; porque nosotros no somos, como recientemente decia un académico frauces, de los que queremos la libertad en pro de éste y en contra de aquel, y la igualdad ménos en provecho de unos, que en daño de otros; sino que queremos y hemos querido siempre la libertad para todo ingenio y la igualdad para todo enjuiciamiento.

Y ya que cito á un ilustre escritor recien admitido en la Academia Francesa, no será inoportuno llamar vuestra atencion sobre la singular coincidencia de que á un mismo tiempo en aquel cuerpo literario y en éste, en que estamos, hayan sido admitidos dos primogénitos de ilustres duques, que á su vez se sientan en los codiciados sillones de una y otra Academia. Allá el Duque y el Príncipe de Broglie, acá el Duque de Rivas y el

Marqués de Auñón; aquellbs, descendientes de Mme. Staël; éstos, del insigne autor de las *Empresas políticas*, D. Diego de Saavedra Fajardo. ¿Es por ventura que la Academia, como en el siglo pasado, quiere subirse á los salones? No; es que los salones quieren, y hacen bien, llamar á la puerta de las academias.

Vedme aquí, señores, á mi pesar, hablando á un mismo tiempo de los usos y de los hechos de Francia y de los nuestros. No me da pena á la verdad, porque con eso podré decir, no en defensa, sino en elogio, de las tradiciones de nuestra Academia, que el equitativo proceder de que hablo, antiguo en ella y justo ademas, es en la ocasion presente conveniente y patriótico.

Los vientos que corren, más há de un siglo, desde el Pirineo, han azotado, como era natural, más las cumbres que los llanos; han arrancado de ellas, no sólo los árboles gigantes, sino los arbustos, las plantas y aún la tierra misma.

Hoy, cuando los libros, las modas, los bailes y hasta el dialecto de los estrados nos vienen de la parte allá del Vidasoa; cuando el hombre de estado aguarda de Francia periódicos, y el de ciencia revistas, y el de negocios pólizas, el ocioso novelas, el aristócrata muebles, el advenedizo trenes, el artista colores, el impresor papel y tinta, y el menestral plantillas y herramientas; cuando allá se piden las galas para los saraos y los manjares para los convites y hasta los devocionarios para oír misa; cuando, en fin, se viste, y se habla, y se come, y se murmura, y se enamora, y hasta se predica en frances; es deber sagrado de la Academia Española abrigar y proteger las pocas plantas, que aún resisten en la cima de la sociedad, para que desde ella sean vistas y hagan sombra á los valles, y propaguen por ellos la semilla, escasa ya, del gusto á nuestra literatura, á nuestra lengua y á nuestras costumbres.

¿O será para esto inconveniente la conspicuidad misma de

la persona y la grandeza de sus circunstancias; y el que pequeño nos interesaria, nos desagradará por ser grande?

¿Qué? ¿Ha de obrar la Academia como aquellas madres puramente carnales, que miman y halagan á sus hijos mientras son pequeñuelos, y los abandonan luégo que crecen, y los desconocen, muerden ó corrompen cuando ya son grandes?

¿Quién no ha oido hablar de algun jóven, que apenas se estrenaba en la oratoria, en la poesía, en la declamacion ó en la pintura, cuando ya se adelantaban para él los elogios á las esperanzas; prodigábansele en la cuna rosas y laureles, se le amamantaba con miel y leche, llamábasele Demóstenes, Calderon, Maiquez, Murillo..... y luégo, cuando ya llegó á hacer sombra su misma elevacion, sembráronsele en el camino abrojos, sazonáronsele de hiel las críticas, y se le abrumó al cabo con el peso de insensatos aplausos, que corrompieron su gusto, ó de acusaciones inmerecidas, que apuraron su constancia?

¡Carnal y lamentable maternidad, que realizan en el mundo ciertas pandillas! ¿Cuál otra vemos practicada en los bosques por las panteras y por las hienas?

Y ¿no será más propio de la Academia imitar en su proceder á las madres cristianas y á la Iglesia misma, la cual no mide en su amor la estatura ni la robustez de sus hijos, sino que, por el contrario, pone á todos en los labios la sal de la sabiduría cuando están en la cuna, y al acercarse al sepulcro los unge con el suavísimo aceite de consoladora esperanza?

Así la Academia, que acude á todos los hijos de España, llevando á manos de los pequeñuelos los manuales de la lengua en que habló Cervántes y oró Santa Teresa; completa su maternal mision, no abandonando á los grandes, ni desatendiendo á los pobres ricos, ántes bien colocando oportunamente en sus pechos la insignia envidiable que llevaron Martínez de la Rosa y Quintana.

Hasta qué punto tenga títulos para ello el nuevo Académico, todos los que me escuchan están ya, merced al discurso que acaban de oír, en el caso de juzgarlo. Todos le han visto caminar con paso firme, con la mirada levantada á regiones muy altas, por el difícil sendero que separa la verdadera poesía, aquella que es y será siempre la más elevada expresion del pensamiento humano, de aquella otra que malamente usurpa tal nombre, y que no es más que ruido de palabras y confusion de ideas y falso remedo de sentimientos. Vosotros, señores Académicos, que conociais ya las poesías de vuestro nuevo compañero, y que en premio de ellas le habeis guardado la silla, que ocupó el sabio crítico y concienzudo colector de nuestros romances; vosotros, digo, no habréis extrañado ver al Marqués de Auñón reducir á teoría su propia práctica, y explicar con una claridad, que le retrata, y con una firmeza, que le enaltece, los principios sanos, que han guiado su inspiracion, y el fin santo á que procura encaminarla.

Aún ménos que vosotros (permitidme decirlo respetuosamente) habrán extrañado el sano criterio y bien dirigida erudicion del jóven Académico aquellos de mis oyentes, que le acompañaron en los años de su juventud, cuando recogia en el colegio de San Diego las últimas sapientísimas lecciones de vuestro inolvidable compañero D. Alberto Lista.

Aquel hombre, tan rico de doctrina como de amor, que creia perdido el día en que no habia enseñado algo; aquel maestro amadísimo de muchos de nosotros, cuyos alumnos han ilustrado las togas y las armas, y fatigan todavía las prensas de dos mundos; aquel varon insigne, cuya vocacion, recibida del cielo, para la enseñanza fué tan precoz y tan perseverante, que le permitió dirigir y aleccionar á dos generaciones académicas, siendo sucesivamente discípulos suyos el anciano D. Agustin Durán, que hemos perdido, y el jóven Marqués de Auñón, á quien hoy abrazaremos como su descendiente. Lista, en fin, el más bri-

llante propagador del buen gusto literario entre nosotros, que como el sol, alumbró con sus rayos en el Oriente y en el Ocaso, dos cumbres sociales, la del saber y la del nacimiento, fué su digno maestro.

No extrañará, en fin, ni la rectitud de intenciones del Marqués, ni la transcendencia filosófica y social, que se descubre en el fondo y en la forma de su discurso, quien haya seguido al autor en las universidades de Sevilla y Madrid, infatigable cultor de la filosofía y del derecho, y en la municipalidad y en el Congreso, celoso procurador del bien público.

Sólo yo, señores, más afecto que otro alguno al jóven poeta, pero más extraño que nadie á los estudios filosóficos, soy el que tiene que trabajar, y teme perderse, para dar, no ya réplica, sino corolario, á su bella y elocuente oracion, procurando extender hasta hoy mis investigaciones, para descubrir cuál lugar ocupa en las escuelas, que dividen á la sazón el campo literario.

Con efecto, cuando le oigo asentar que la verdad *poética*, *no siendo precisamente la religiosa, ni la filosófica, ni la histórica, suele ser comprensiva de todas ellas*, y cuando le veo establecer que para que la poesía sea digna de su nombre, ha de estar fundada *en la verdad de la naturaleza, en la verdad de las ideas y en la verdad de los sentimientos*, mi primer impulso es preguntar al nuevo Académico, y aún á mí mismo, *qué es la verdad: Quid est veritas?* Al repetirlo, no lo oculto, luégo me siento temerosamente inclinado á darme por respuesta el silencio divino del divino Maestro.

¿Y cuándo y con qué instrumento hallaremos la verdad? ¿Con el alma sola? ¿Cómo, si está ella encerrada en la cárcel de los sentidos? ¿Con éstos únicamente? ¿Cómo, si ellos son esencialmente falibles y falaces, y ni de sí propios tienen certidumbre? Sócrates mismo preguntaba: «¿Cuándo, pues, halla el alma la verdad, si miéntras la busca en union del cuerpo, ve-

mos claramente que éste la engaña y la conduce al error?» Justo será, por tanto, á todas luces concluir que para esta difícilísima investigacion de lo cierto, para este viaje desde la tierra al cielo, necesitamos trabajar de consuno con toda la fuerza de los sentidos, con todas las potencias del alma; pero de los sentidos dirigidos por la razon, del alma iluminada por la fe: la razon y la fe, que son, por decirlo así, el timon y la brújula con que navegamos en el piélago de la vida.

Y limitándonos en el caso presente á la verdad poética, cuya esencia ha analizado, y cuya historia ha escrito nuestro nuevo compañero, alguno habrá que pregunte dónde reside. Quieren unos que la persigamos fuera de nosotros, en la naturaleza; pretenden otros que sin inquisicion ninguna externa, la llevamos todos en el fondo del alma. Aquellos la buscan en la inmensidad múltiple de la creacion, éstos descienden para hallarla á la profundidad oscura de su propio sér; y sin embargo, **en mi opinion, la verdad poética no reside ni en la naturaleza externa, material y tangible, aislada siempre, ni sólo en el sentimiento íntimo y personal, oscuro y egoista á veces, y aislado tambien.** Los que en la imitacion servil de la materia buscan la verdad de la inspiracion, son como aprendices de escultor, que aplicando barro á la inmoble y contraida fisonomía de su modelo, piensan sacar un retrato, y apenas moldean una mascarilla. Por el contrario, los que quieren hallar toda verdad poética dentro de sí, y á fuerza de abstraer, concretan en sí mismos el pensamiento, y juzgan raciocinar cuando fantasean; éstos tales se asemejan á los infelices, que padecen arrebatos de sangre á la cabeza, y ven tintas rojizas, que no tienen los objetos, y oyen zumbidos y murmullos, que nadie articula, y sienten impresiones de ardor y de hielo, que no están en la atmósfera. Si la primera escuela, que hemos apuntado, y que no es de la naturaleza, sino de la materia, tuviera razon, valdria más, y se acercaria más á la verdad el *Observatorio rústico de*

Salas que las *Églogas de Virgilio*; y si los que confunden dentro de sí propios la razón con la fantasía llevarán buen camino, pagaríamos los libros de caballería á mejor precio que la *Jerusalén del Tasso*. No, la verdad no es más que una; ella ha de poner el sello á todo pensamiento para que sea digno del hombre; y, lo acabais de oír, la poesía, que es la más elevada expresión del pensamiento humano, *ha de buscar en Dios, en la historia y en el corazón humano sus eternos manantiales*.

El Marqués de Auñón con sana crítica y filosofía verdadera ha pasado reseña ante vosotros á los más preclaros poetas: y analizando imparcial y profundamente sus obras, ha deslindado lo que hay en ellas inmutable, eterno, verdadero, y lo que tienen de mudable, efímero y convencional. Porque ello es cierto que, así como las edades y las estaciones influyen en el modo de ser del individuo, así los siglos y los climas modifican accidentalmente el modo de existir de las razas y de las naciones; y la poesía, para merecer el nombre de tal, *ó ha de recibir el sello de una poderosa individualidad, ó se ha de alimentar con lo sávia de un pueblo*.

Yo quisiera, con todo, que nuestro nuevo compañero hubiera extendido el escabello de su análisis á la época presente, en la cual las dos antiguas escuelas de poesía, la filosófica y la imitativa, no sólo han continuado sus sistemas, sino que los han extremado, dando origen á estas dos sectas que agitan el mundo literario: *la realista y la idealista*.

Si investigásemos la (por decirlo así) genealogía moral de la escuela *realista*, quizá halláramos entre sus progenitores los nombres de Lucrecio, el poeta materialista, y de Epicuro, el filósofo sensual, que con tanta maestría ha caracterizado el nuevo Académico. Yo, sin embargo, no me arriesgo á tales indagaciones, temeroso de que los nuevos pensadores renieguen de su linaje, y aún me acusen de injuria y de calumnia, en tanto que otros críticos más severos me motejarían quizá de

lisonjero : protestando que los realistas de hoy , si bien exponen fotografías, y aún cuadros vivos , no tienen la viveza de color y la riqueza de fantasía que el cantor de la *Naturaleza de las cosas* ; y deleitando la sensualidad , no se han tomado el trabajo de formular las reglas y establecer el sistema de su doctrina , como el filósofo de Sámos.

A todo esto, juran los escritores de que tratamos , con la fórmula conocida en el foro frances , que ellos dicen la verdad , toda la verdad , y nada más que la verdad.

Sea en buen hora ; pero , y la verdad misma , ¿ puede decirse siempre , á todas las personas , en todas partes ? ¿ La verdad no puede ser peligrosa , ó inoportuna , ó poco honesta ? Pues ¿ qué ! ¿ no tienen el individuo y la familia y la sociedad cosas verdaderas , las cuales , la honestidad , como decia Cervántes , quiere y ha querido siempre que se oculten ?

Ni vale para esto alegar : que semejante realidad se encuentra en toda nacion y en cada pueblo y en cada barrio : y añadir que su pintura excita el interes y produce verdadero deleite. Demasiado sé yo eso , y nadie ignora que en el gabinete de su casa , ó en el de la vecina , pasan aventuras como las que cuentan Edmundo Faidau , Dumas hijo , Alfredo de Musset y otros , y que tales escenas , si á dicha las contempla por la cerradura un incauto niño , ó las acecha una curiosa sirviente tras una cortina , no se diferencian mucho de las de *Fanny* , de la *Dama de las Camelias* y de *Rolla* , ni de otras obras de la misma ralea.

En todas ellas hay verdad por una parte , y vivo interes y deleite por otra. Pero yo pregunto : ¿ aquella verdad es artística , es ostensible siquiera ? este interes y este deleite ¿ no son peligrosos , por no decir vituperables ?

Estamos , me contestan , en el siglo de la fotografia ; si otros la aplican á los edificios y á los semblantes , nosotros la empleamos en las costumbres y en los corazones..... Pero al ménos la fotografia deja la noche fuera de su jurisdiccion , al ménos

impone el trabajo de subir una escalera larga y penosa; al ménos prepara la luz con cristales azules de apacible transparencia; y vosotros no perdonais hora, por secreta y oscura que sea, ni imponeis sacrificio á vuestros consumidores, ni modificais en lo más tenue la violenta y abrasadora claridad que á veces tienen los objetos.

No por esto se crea, que proscribo yo la pintura de asuntos dolorosos y aún aborrecibles; no ciertamente. ¿Quién ignora hoy el aforismo del satírico italiano: *Tutto si può spiegar, tutto dirlice*..... Sé, ademas, que tienen el hombre y la sociedad heridas horribles, y que para curarlas es necesario descubrirlas..... Pero hacedlo con mano piadosa á lo ménos, con atinada oportunidad, con corazon compasivo.

No sólo las úlceras miserables, sino la materia inerte y corrompida y terrible que hay dentro de los sepulcros, puede ser asunto á pintores y poetas; Murillo y Valdés Leal son de ello buenos testigos; pero créanme los que en tales argumentos se inspiren: para dar de ellos idea cabal y bella, pongan en su paleta los vivos colores de la fe, y apoyen su pincel en el tiento seguro del dogma. Entónces, tras esas materiales repugnantes escenas, habrá una sublime belleza moral; entónces en el cuadro de los muertos, entre su misma podredumbre, subsistirá la hermosura del bien obrar, y aprenderémos la consoladora verdad de la igualdad del sepulcro; y en el lienzo de Sta. Isabel verémos, entre leprosos y mendigos, alzarse en nuestro corazon la soberanía sublime y bella, niveladora y santa, de la caridad cristiana.

Y esto que de los pintores digo, pudiera mejor aplicarse á los escritores y poetas. Cierto no está para ellos cerrado el hogar doméstico; llamad al vuestro sin temor á los que, como el honrado y pundonoroso Durán, saben callar sus secretos y respetar la santidad de la familia. No se acercarán ellos, como el rapaz, al agujero de la cerradura, ni se esconderán, como la

criada, tras la cortina; sino que se sentarán al rededor de vuestra chimenea, al amor de la lumbre, en medio de vuestros hijos, y de sus juegos sabrán sacar fábulas morales y divertidas, y de sus cuentos y consejas escribirán poemas llenos de agudeza y de ingenio. Así, el académico á quien por última vez aquí saludamos, y á quien nunca podrá olvidarse, escribió el admirable libro de *Las tres toronjas*.

No de otro modo su digno sucesor el Marqués de Auñón ha cultivado en muchas de sus obras ese género realista, para algunos prosáico y nocivo, para él lleno de poesía y de salud moral; vedlo, en verdad, en el retiro de su despacho, apurar una aromática breva de la Habana, y escribir en seguida el soneto, que habeis de permitir que íntegro recuerde:

SONETO.

Fumaba yo, tendido en mi butaca,
 Cuando al sopor de plácido mareo,
 Mis sueños de oro realizarse veo
 Del humo denso entre la niebla opaca;

Mas ni la gloria mi ambicion aplaca,
 Ni nada colma mi febril deseo,
 Hasta que al fin, por el ambiente creo
 Verte mecida en vaporosa hamaca.

Corro hácia tí, mi corazon te invoca,
 Y cuando el fuego del amor me hechiza,
 Y van mis labios á sellar tu boca,

De ellos ¡ay! el cigarro se desliza,
 Y sólo queda de ilusion tan loca
 Humo en el aire, y á mis piés ceniza.

Aquí nos sale al encuentro el otro linaje de escritores que se pone hoy, no al lado, sino enfrente, del realista: *el idealista*, ó mejor el dogmatizante. A juzgar por su bizarro atavío y su oscuro lenguaje, muchas veces me siento inclinado á preguntarle si es *el Ente dilucidado* que tiempos atrás engendró el P. Fuen-

te la Peña; ó si se ha criado en el mismo solar de Góngora, en lo más áspero, intrincado y oscuro de las *Soledades*. Pero luego desisto de tales preguntas, dejándoles á ellos hablar de su alcurnia; porque es de saber, que así como los *realistas* literarios, á diferencia de los políticos, no se precian de sus ascendientes, y dicen que no son hijos más que de su madre la realidad, sin padre conocido; así estotro bando presume de linajudo, y cuenta que Calderon, y Sta. Teresa, y Fr. Luis de Leon, y S. Juan de la Cruz, y Jorge Manrique, y otros aún más antiguos y tan santos, tuvieron su misma doctrina, que es como si dijieran su propia sangre.

Para ellos, apellidar la poesía filosófica, mística ó religiosa, es demasiado vulgar y llano; y aseguran que para que la poesía sea noble y merezca el nombre de tal, ha de ser objetiva, subjetiva, moral, transcendental, social, ecléctica, humanitaria, autonómica, con otros mil apellidos semejantes, difíciles de retener y nada fáciles de explicar.

Es de ver cómo estos tales literatos, semejantes á los hidalgos de nuevo cuño, que andan por las prenderías en busca de retratos para honrarse con abuelos postizos, recorren libros viejos para desentrañar frases que, torcidas y comentadas, tengan con las suyas algun aire de familia. Y dicen que tal égloga es una pintura social simbólica, y que tal sátira es un tratado de estética, y que cuando Garcilaso dijo:

Flérída, para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,

no se propuso decir una flor galante ni escribir una belleza poética, sino que dió muestra de la sociedad en que vivía, y reprodujo lo que S. Agustin cuenta de sí mismo en sus *Confesiones* (lib. II, cap. IV), cuando robó el peral de la viña vecina,

Dum tamen fieret à nobis quod eo liberet, quo non liceret.

Pues no, sino preguntad á estos caballeros por su arte ó profesion, y lo tomarán á insulto, y áun pedirán satisfaccion del agravio; porque para ellos el literato, y principalmente el poeta, no tienen arte ni profesion, sino mision social, y mision filosófica, y mision humanitaria..... etc.; y así, á fuerza de hablar de misiones, se vuelven ellos misioneros; pero al modo de aquel lego del *Diablo predicador*. Y con leve motivo sacan de la manga un guijarro para ensartar un sermon, no más motivado ni menos ridículo que el de Fr. Antolin.

No se crea por esto que yo niego, ni siquiera pongo en duda, la influencia de la poesía, y de algunos poetas en particular, en el progreso providencial y constante de la humanidad. Mal pudiera explicarse en este sentido hoy, quien en este sitio mismo aseguraba poco há, que en la providencial peregrinacion de las razas, los poetas preceden como exploradores, guiando con sus cantos á la humanidad infatigable. Y aunque la consecuencia de mis opiniones (que al cabo no es virtud á la moda) no me contuviera, razones más altas lo harian. Basta recordar que la Iglesia, maestra de toda verdad, no sólo escribe en verso muchos de sus libros, sino que reconoce el título de *vate*, es decir, adivina, á una poetisa pagana, la Sibila: y en comprobacion de una terrible verdad venidera, aduce su testimonio, al par que el del Profeta-Rey, en un lúgubre himno, que poco há habeis oido resonar, majestuoso cual nunca, sobre la tumba de Cervántes.

Ni soy tan ignorante, que no haya oido hablar de Homero, de Virgilio, de Dante, de Píndaro, de Calderon, de Byron; y si desconociera la importancia de sus obras, el brillante recuerdo, que ha hecho de ellas el nuevo Académico bastaria para avalorarla.

Con sana crítica y elevada filosofía ha descubierto el Marqués de Auñon en un solo verso del poeta mantuano:

Tantene animis celestibus iræ,

mejor instinto moral, dígase francamente, más virtud profética,

que tuvieron nunca los quinceviro, los augures, las vestales y hasta los dioses mismos de la soberbia Roma :

Tantene animis cœlestibus iræ;

¿Cabe tal ira en celestiales pechos ?

Algo habia en la conciencia de Virgilio, que le presentaba como imposible y mentirosa y absurda la divinidad de aquellos seres corrompidos é irascibles. Algo habia en su corazon que le atraia al Dios desconocido, *Deo innoto*, que es todo mansedumbre y misericordia. Algo, en fin, en su ánimo, que en vez del iracundo Júpiter, llevado por el águila y armado del rayo, le anunciaba la venida de Aquel, que podia decir á la humanidad : *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus sedens super pulum asinæ* : y añadir luego, sacrificado por los hombres todos : *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt*. Quizá una voz misteriosa para Virgilio, quizá más bien la modestia de su genio, la dulzura de su corazon, la pureza de sus costumbres, secretamente le hablaban, no ya de la terrible reina del Olimpo, vengativa y liviana, sino de aquella otra Reina de las vírgenes, que habia de dar al mundo el Redentor prometido.

¿Quién sabe si de todo esto vaticinaba, sin conocerlo, en su admirable y cada vez más misteriosa égloga cuarta, *Mayora canamus* ! En lo que no cabe duda, es en que allí se halla marcado el punto de interseccion de las dos grandes edades del mundo, la de la expectacion y la de la redencion, y anunciado terminantemente el principio de la segunda :

Ultima cumæi venit jam carminis ætas;

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.

..... *Incipient Magni procedere Menses.*

¿Quién leerá estos vaticinios, y otros aún más misteriosos é inexplicables, allí cantados, sin admirarse ? ¿Quién penetrará aquellas frases escritas en las orillas del corrompido Tíber, y

realizadas casi al mismo tiempo en las santas márgenes del Jordán, sin reconocer que animaba al modesto, puro y dulce cantor de Enéas el *quid divinum*, que la razón misma descubre en la inspiración de los grandes poetas?

Ahora bien: ésta y las demás bucólicas de Virgilio, en que, si se ve el espectáculo de la naturaleza, se admira aún más al hombre mortal, rey de toda ella, y se presiente por decirlo así al Hombre-Dios, supremo Autor y Reparador del universo, no tienen comparación con esotras poesías pastoriles, de que se nos ha hablado tan donosamente, y que son meras convenciones, sin verdad y sin fin moral.

Así como tampoco hay analogía entre las realistas, y á veces inverecundas escenas del baile, que modernamente se nos describen, con versos plagados de galicismos y empedrados de quiebrores aconsonantados; y la pintura que nuestro joven académico hace de otro baile, en medio del cual, al ver desprenderse, marchita, del pecho de su infiel amada la flor, antiguo dón de su cariño, exclama:

Reina del valle y ángel peregrino,
Símbolo de pureza erais ayer,
Y en yerto polvo convirtió el destino
La flor y la mujer.

Sin el santo fulgor de un alma pura,
¿Qué es la belleza, sino fango vil?
¿Qué es, si aroma no guarda en su hermosura,
La rosa del Abril?



¿Quién no ve, así en el gran poeta latino como en el modesto joven español, algo más que dos fotografías... algo más que dos pintores del campo ó del salón?... ¿Quién no ve en el uno el presagio, y en el otro el resultado, de la moral cristiana?

Yo de mí sé decir que, miope como soy, lo veo claramente; lo que no veo, ántes bien niego en absoluto, es que ejerza influencia en la tierra, y obedezca á misión del cielo, cualquier

escritor, que contrata sus folletines á tanto el pliego, ó sirve en sus arrebatos al ciego rencor de efímeros partidos. Y no por esto pongo en duda el mérito relativo de tales escritos; porque, en mi entender, no es ley forzosa que la poesía haya de ser necesaria y absolutamente filosófica en tal proporcion, si bien creo, como decia Moratin,

Que este celo y esta
Comezon docta es general locura
Del filosofador siglo presente.

La mision poética, para que tal nombre merezca, ha de venir de muy alto. *Deus in nobis*, decia el crítico latino; el vulgo, gran filósofo experimental, repite que *el poeta nace*, es decir, que recibe su mision en tiempo y en circunstancias en que ni el trabajo propio ni la imitacion ajena pudieran dársela. Más es: este *dón*, que tal me atrevo á llamarle, casi siempre lo obtiene aquel que lo rehusa, *nolentibus datur*, como dice (á otro propósito) la Iglesia, y como ya mucho ántes el poeta más pagano de toda la gentilidad habia escrito:

*Juro nunquam componere versos
Et quod tentabam dicere versus erat.*

¿Ni cómo, en fin, ha de negar la influencia de la poesía y de los poetas quien, como yo, ha tenido la dicha de tratar á aquellos varones insignes, que con sus cantos y sus himnos levantaron de la postracion nuestra patria, y contribuyeron á que rematára en la guerra de la Independencia la más grande y trascendental epopeya del siglo presente? Pero ¿sabeis, señores, lo que yo hacia al ver y al oir á estos cantores providenciales? Sellaba el labio, inclinaba la cabeza, como delante de los ungidos del Señor, y los dejaba pasar respetuosamente, oyendo en mi alma aquel precepto, que está escrito en el sepulcro de Dante:

Onorate l'altissimo poeta.

Y si á veces me sentia inclinado, miserable coplero, á cantar los afectos del corazon, ó las bellezas de la naturaleza, de cierto huia de la locura dogmatizante, y no sacaba de la manga, como el buen lego de que hemos hablado, el pedrusco que sirviera de tema á la prédica inoportuna.

No se deduzca tampoco de esto, que yo niegue que hay en los objetos creados motivo bastante para profundas y severas lecciones. No ciertamente, la fe y la experiencia me enseñan que alzan un sublime himno al Creador todas las criaturas, desde las estrellas, que le sirven de escabel, hasta el lirio del campo, más bello que la púrpura de Salomon. Pero confesando y sintiendo esto, digo tambien, que para percibir estas celestiales armonías no bastan los oidos de la carne; es menester que el espíritu esté atento; de modo que bien se puede decir que tales voces, melodiosas por extremo, á todos gritan y de pocos son escuchadas. Oyólas Fr. Luis de Leon, producidas por la rotacion de los astros en medio del silencio de la *noche serena*; percibiólas Rioja, articuladas por la rosa y la arbolera en las márgenes del Bétis; una campana, todavía no fundida, vibró con ellas en el corazon de Schiller; las hojas, al caer, las murmuraron al oido de Millevoie, y le inspiraron conceptos de dulce melancolía. Un sólo suspiro, una pobre golondrina, dictaron á Réboul, el panadero de Nimes, sublimes y religiosos conceptos; y en fin, al caer de la tarde, el sonido con que

*La dolorosa squilla
Va propagando el funebre
Lamento vespertin,*

recordó á Borghi las eternas y consoladoras verdades.

Ni hay que buscar tan léjos los ejemplos; el nuevo Académico, á quien habeis visto sacar de la realista descripcion del cigarro armonías y conclusiones verdaderamente idealistas, sabe tambien, al mero y vulgar aspecto de un árbol, inspirarse de un modo digno y por todo extremo filosófico.

Séame permitido leer íntegra esta bellísima composicion :

Árbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre mis pasos á buscarte van,
Y al contemplar tu pompa y galanura,
Siento en el alma inextinguible afán?

¿Por qué, si el huracán en raudo giro
Tu ramaje columpia con furor,
Dentro del alma, á mi pesar, suspiro
Por cada hoja perdida y cada flor?

Acaso, acaso en tu lozana vida
Algun misterio el corazón verá;
Tal vez mi suerte á tu existencia unida
Por impalpable vínculo estará.

¿Quién sabe si darás á mis amores
Fresca sombra en tu verde pabellón;
Si sentiré, cubierto con tus flores,
De un ángel palpar el corazón!

Tal vez robusta y poderosa lanza
Tus vástagos gigantes me darán;
Tal vez cuando se logre mi esperanza,
Ramos tuyos mi sien coronarán.

¿Quién sabe si al cruzar los anchos mares,
Tú serás el timón de mi bajel,
Ó de triste naufragio en los azares,
La pobre tabla que me salve en él!

Mas si de amor la tienda encantadora
No has de ser, ni la lanza, ni el timón,
Ni la flotante tabla bienhechora,
Que me libre del mar y el aquilón,

Cuando la muerte mi destino amanse,

¿Árbol, quién sabe si caerás también!

¿Si el féretro serás en que descanse

Mi helado pecho, mi marchita sien!

Si el aspecto de las bellezas de la naturaleza, por cuanto son perecederas, sugiere á nuestro poeta la idea de la muerte, no es mucho que el exámen de las bellezas artísticas, vaga aspiración del ingenio hácia la inmortalidad, le guie á la contemplación de la inmortalidad verdadera; es decir, de la fe y del dogma.

Así, en sus odas á Murillo y á las artes, prorumpe :

Abrió la fe mis conturbados ojos,
Y ella es rica y fecunda;
Torna en flores los ásperos abrojos,
Y en viva llama la tiniebla inunda.
Claro fanal el místico madero
Es al mundo que gime,
Y una gota de sangre del Cordero
De un mar de sangre y de dolor redime.

En todas sus composiciones se encuentran rasgos de esta índole, que le caracterizan de pintor fiel, pero no realista; de pensador cristiano, pero no importuno dogmatizante. En otro lugar, dirigiéndose á la que va á ocupar un trono, la dice :

Con fe y amor serás de las naciones
Astro en bienes fecundo;
La fe es gérmen de altísimas acciones,
El amor salvó el mundo.

Pero no por eso abusa de su fantasía para perderse en espacios imaginarios, y predicar *oportune et importune* un espiritualismo *dogmatizante*; porque al cabo dice :

¿Y qué me importa á mí que la poesía
Me alce de Dios á la region serena,
Si la coyunda del dolor impía
Á la tierra de nuevo me encadena?

Caido, en fin, en esta prision de la materia, no se aveza á la esclavitud, ni arroja su lira en un *realismo* abyecto; porque sabe bien que

Mayor ventura que el presente alcanza,
Cualquiera tiempo encierra;
Un recuerdo no más y una esperanza
Es la dicha en la tierra.

Ved aquí, señores, al inspirado y tierno poeta, al pensador filósofo y cristiano, al severo y concienzudo crítico, que la Academia asocia desde hoy á sus tareas. Para dárselo á cono-

cer no he aguardado, por decirlo así, á que rizára su rubio. cabello y vistiera el uniforme recién traído de casa del bordador; he preferido, por el contrario, sorprenderlo en el ocio de su gabinete, cuando apuraba un tabaco de la Vuelta de Abajo; ó seguirlo en el campo, cuando vagando, se paraba meditando á la sombra del copudo árbol, que ya conoceis.

¿No es cierto, señores, que en esas poesías hay una melancolía dulce, una filosofía simpática, un estilo elegante, una versificación armoniosa, un lenguaje puro? ¿No es verdad que ellas pueden ser á un mismo tiempo aplaudidas en los salones y aceptas á la Academia, vínculo de union entre una y otra supremacía social? Pues semejantes á éstas son las demas composiciones de nuestro nuevo compañero, casi todas más extensas é importantes; todas, por lo mismo, de mayor valía para el autor y de ménos oportunidad para el caso presente. Distínguense entre ellas *Los dos ángeles*, fantasía de la cual se desprende una serena y consoladora moral; el romance de *La noche de Tetuan*, en donde nuestro compañero, verdadero vate, supo adivinar que aquellas hazañas no eran el crecimiento del territorio español, sino el providencial castigo de la rapacidad agarena; la *Epístola*, en fin, que tuvo la bondad de dedicarme, en la cual empleó una versificación y una filosofía, recuerdo de los Argensolas y Rioja, gratas, por tanto, á esta Academia. En estas y en todas las demas obras suyas ha sabido dar culto á aquella poesía verdadera, que las hace durables, y emplear esotra poesía convencional (tan ficticia como se quiera), pero que es al cabo necesaria para alternar é influir en las generaciones que viven con nosotros. Ha tomado de la escuela *realista* y de la *idealista* cuanto basta á formarse un sistema propio, un carácter especial; una personalidad literaria, peculiar, distinta é independiente.

Esto habeis visto vosotros, señores Académicos, en sus obras; por eso reclamais su cooperacion en vuestros trabajos. Contenen-

tos, por otra parte, de que la imparcialidad de vuestro juicio, sin habérselo propuesto, haya podido ser tambien testimonio de gratitud y de respeto para el ilustre varon que teneis á vuestro frente. Satisfechos ademas de que la recompensa, por todos títulos merecida, haya caido en lugar de donde pueda ser vista, y servir á otros de provechoso y patriótico ejemplo.

Cuánto acierto habeis en ello tenido, no necesito yo encarecerlo, puesto que el discurso del nuevo Académico lo comprueba; en él se reduce á fórmulas sencillas y racional sistema la práctica instintivamente seguida por el autor, y que yo he manifestado en sus obras.

Séame, con todo, permitido, ya que no he podido ni responder ni comentar su doctrina, protestar al ménos de una de sus afirmaciones. Dice *que la poesia épica no es ya de la época presente*. ¿Y por qué? Yo tambien oí en mi juventud afirmar que el teatro de Calderon, de Rojas y de Moreto habia caido; y cuando tiendo la vista por los sillones de esta Academia, me convenzo de que *multa renascentur quæ jam cæcidere*. Luégo se extendió la triste noticia de que la tragedia clásica habia tambien muerto, y *Edipo* y *Virginia* y *César* se han levantado á desmentirlo. ¿No sucederá lo mismo con la epopeya? ¿Acaso no hemos visto recientemente lo más necesario para ella? El argumento y el poeta. ¿Argumento? *La guerra de la Independencia*. ¿Poeta? El autor del *Moro expósito*.

¡Ah! ya es tarde quizá; pero si quien se contentó con el papel de biógrafo de Mudarra, hubiera querido ser historiador de aquella lucha gigantesca, ¿quién duda que tendríamos hoy el primer libro en su género de las literaturas modernas? La viveza del colorido, la variedad de tonos, la verdad de las escenas, la ingenuidad y contraste de los lances y de los caracteres, de que abunda su poema, no tienen rival sino en Ariosto. La admirable unidad de interes, que desde el principio hasta el fin conserva, recuerda el clásico poema del Tasso; y si á esto

se añade que, para escribir el poema de nuestra independencia, el autor habia peleado en Medellin, y sucumbido en Ocaña, y vivido en Cádiz, y padecido en Madrid; se comprende fácilmente que hubiera podido, á la manera de Dante, hacer girar al redor de sí mismo todos aquellos personajes que, con su buen ó mal obrar, con su lealtad ó con su infidencia tomaron parte en uno de los más grandes y ejemplares dramas de la historia del mundo. Admirable trilogía, en algo parecida á la del cantor florentino; para la cual nuestro pueblo ha inventado tres nombres ó tres prototipos, que pertenecen ya á la lengua y á la historia de todas las naciones: *el guerrillero, el liberal y el afrancesado*. Sin contar con el célebre *No importa*, inesperado *Deus ex machina* de aquella epopeya. Drama verdadero, al cual nuestra patria ha prestado triple escena, á saber: el campo, teatro de increíbles y milagrosas hazañas; Cádiz, á un tiempo escollo providencial de opuestas tiranías y cuna festiva de efímeras libertades, y Madrid, en fin, cadalso levantado en medio de la patria, para alzar primero el pendon por su independencia, y clavar al último en la picota su heroísmo.

Si D. Angel de Saavedra, que quiso ser actor, y no cronista, de aquellos sucesos, los hubiera tocado, no sólo con la espada, sino con la lira, todo estaria hoy hecho; quizá su libro no sería un poema épico (como decian del de Milton), pero sería tambien un poema divino, ó por lo ménos un poema nacional, alimentado con la savia de nuestro pueblo. Sin más que haber dado mayor extension y más adecuadas formas al romance de Bailen, que es, sin disputa, el mejor de los de nuestro poeta, infinitamente superior al del *Armamento de Tetuan*, último en que ha puesto su firma, y del cual, por razones que me son peculiares, ni me puedo ni me debo hacer cargo.

Me acerco, señores, al término de este prolijo y desaliñado razonamiento. En él no he defendido tesis contraria, ni aún diferente, de la que sostiene nuestro nuevo compañero; ni ¿cómo

pudiera hacerlo, si su discurso allega nueva fuerza á una conviccion mia, antigua y profunda: á saber, que la verdad absoluta está fuera del alcance de nuestro sentido material; que para llegar á ella necesitamos, por tanto, guia ó luz superior; y que su manifestacion poética es el *quid divinum* de los antiguos, que el vulgo llama *vena* y los eruditos *inspiracion*, y yo me atrevería á apellidar *dón poético*, el cual, como todo dón perfecto y toda dádiva óptima, ha de descender de lo alto, emanada del Padre de las luces?

Pero aún obtenida esta dádiva, para que se haga comunicativa y eficaz, es necesario que se acomode al tiempo y al espacio, ó, lo que es lo mismo, que se revista la verdad absoluta con aquellos atavíos de oportunidad y de localidad, ó, si se quiere, de verdad convencional, que la hacen acepta al principio y duradera al cabo; local al nacer, universal con el trascurso de los siglos.

Prueba de esto son todos los egregios escritores, que tan docutamente ha analizado el Marqués de Auñón; prueba tambien, aunque negativa, los errores de las dos novísimas escuelas literarias, que imperfectamente me he atrevido á bosquejar; prueba asimismo concluyente y perentoria, la índole y carácter poético del Académico que os he presentado sin postizos afeites ni trajes prestados; prueba, en fin, á todos conocida y grata, la justa popularidad y literaria influencia de su digno padre.

Antes de concluir, no sé si debo pedir os perdon de haber tan á menudo confundido estos dos nombres. La razon no hay para qué decirla: uno mismo es el arte que cultivan, una la sangre que tienen, uno el afecto que les profeso; y, sin embargo, no cabe diferencia mayor que la que existe entre la índole poética del padre y la del hijo. Brilla aquel por la espontánea fecundidad de su ingenio, por la exuberancia de su imaginacion, por la riqueza y vivacidad de su colorido, por la variedad y á veces contrastes de su lenguaje, por la omnímoda

libertad de sus formas, las cuales, siendo siempre bellas (si se me permite calificar con un adjetivo que va pasando de moda), son á veces *románticas*.

El hijo, por el contrario, se distingue en la profundidad filosófica de sus pensamientos, en la serena melancolía de sus tonos, en la sencillez de sus asuntos, en la tersura de su estilo, en la pureza de su lenguaje y en el aticismo *clásico* de sus formas. Nadie, que los estudie bien, podrá creer que un solo verso del padre ha sido escrito por el hijo, ni que un solo pensamiento del Marqués de Añón ha nacido en la mente del Duque de Rivas.

Uno y otro (y por eso cito á ambos) pueden servir de ejemplo y regla á la juventud, para conocer hasta qué punto ha de darse culto á la poesía *verdadera*, sin decaer á un *realismo* material y repugnante; y hasta qué altura alcanza á levantarse la poesía *convencional*, sin perderse en vuelos extravagantes y en regiones nebulosas.

Pero de esto, señores, nos ha proporcionado la suerte recientemente un ejemplo elocuentísimo; el cual (si bien introduce nuevos personajes en este ya difuso escrito) hace tanto á nuestro propósito, aduce tanta autoridad, que me permitiréis exponerlo someramente para concluir.

Se trata de dos grandes escritores: el uno es el príncipe de nuestros líricos, el otro la prez, el gozo y la gloria de nuestra patria; el primero emuló con el canto *convencional* de su cítara divina á los cantares hebreos; la prodigiosa *realidad*, que el otro estampa en sus obras, ha dado vida en todas las naciones hasta á sus quiméricos personajes.

Ya sabeis á quiénes me refiero: á Herrera y á Cervántes..... Herrera, el cantor de Eliodora. ¿Cabe creacion más ideal?..... Cervántes, el biógrafo (quiero llamarlo así) de D. Quijote y Sancho. ¿Conoceis realidad más verdadera?

Un mismo asunto los preocupa é inspira, grande y terrible,

como la destruccion de Sodoma ; fausto y magnífico, como el paso del Mar Rojo ; contemporáneo, tangible, conocido ademas, como el suceso del dia en que escriben los poetas. La batalla de Lepanto.

El uno la considera como pudiera hacerlo un cantor de Sion : habla á nombre del pueblo escogido, y dirige su acento, ménos al héroe de la jornada , que al Omnipotente dispensador de la victoria. El otro, por el contrario, la refiere como un soldado : habla por su propia cuenta , y su persona y la de su Rey vienen á ocupar el primer término del cuadro, que pinta con su sangre. Pero ni Herrera llega á oscurecerse *dogmatizando*, ni Cervántes, á rebajarse *fotografiando* aquellas memorables escenas.

Una abstraccion más, y el poeta divino se tornaria incomprendible salmista ; un grado más de realismo, y el soldado herido llegaria á parecer inválido narrador. Están ambos en lo justo, y el interes se suspende y la admiracion se comparte, y el fallo es dudoso. Juzgadlo vosotros : oid primero la narracion del combate llanamente hecha por el soldado cristiano :

Y en el dichoso dia, que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro ;

De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadron roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho :

La muerte airada con su furia insana,
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose, á quién tarda, á quién temprana :

El són confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo :

Los profundos suspiros lamentables,
Que los heridos pechos despedían ,

Maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían ,
 Cuando en el són de la trompeta nuestra,
 Su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz de vencedora muestra
 Rompiendo el aire, claro el són mostraba
 Ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazon, yo ¡triste! estaba
 Con la una mano de la espada asida,
 Y sangre de la otra derramaba ;

El pecho mio de profunda herida
 Sentía llagado, y la siniestra mano
 Estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano,
 Que á mi alma llegó, viendo vencido
 El crudo pueblo infiel por el cristiano ,

Que no echaba de ver si estaba herido,
 Aunque era tan mortal mi sentimiento,
 Que á veces me quitó todo el sentido.

Puede decirse que ya conoceis la batalla : al lado de Cervantes en la galera *Marquesa* casi hemos asistido á ella ; casi estamos salpicados de su nobilísima sangre ; y sin embargo, aún gozamos, porque no hemos tocado en el *realismo*, que repugna.

Oid ahora el canto de la victoria, entonado en el entrepuente de la *Capitana* por el vencedor ; varon sublime, que *humilla sus ojos y su grandeza* ante el Dios de los ejércitos armados ; escuchad el himno, que parece modulado en la cítara de los profetas, y exaltado en alas de los querubines hasta el trono de Aquel que había quebrantado las alas y los brazos del dragon, ó lo que es lo mismo, las escuadras del imperio mahometano.

Ocuparon del piélago los senos,
 Puesta en silencio y en temor la tierra,
 Y cesaron los nuestros valerosos,
 Y callaron dudosos,
 Hasta que al fiero ardor de sarracenos,
 El Señor erigiendo nueva guerra,

CONTESTACION

Se opuso el jóven de Austria generoso,
 Con el claro español y belicoso;
 Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
 Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido,
 Sin recelo los impios esperaban
 Á los que tú, Señor, eras escudo;
 Que, el corazon desnudo
 De pavor, y de fe y amor vestido,
 Con celestial aliento confiaban;
 Sus manos á la guerra compusiste,
 Y sus brazos fortísimos pusiste
 Como el arco acerado, y con la espada
 Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
 Rindiéronse temblando, y desmayaron;
 Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
 Como la arista queda
 Al ímpetu del viento, á estos injustos;
 Que, mil huyendo de uno, se pasmaron;
 Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
 En las espesas cumbres se derrama,
 Tal en tu ira y tempestad seguiste,
 Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando
 Las alas de su cuerpo temerosas,
 Y sus brazos terribles no vencidos;
 Que con hondos gemidos
 Se retira á su cueva, do silbando,
 Tiembla con sus culebras venenosas,
 Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
 De tu leon temiendo las hazañas,
 Que saliendo de España, dió un rugido,
 Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
 Del sublime varon y su grandeza,
 Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
 Que tu dia es llegado,
 Señor de los ejércitos armados,
 Sobre el alta cerviz y su dureza,
 Sobre derechos cedros y extendidos,
 Sobre empinados montes y crecidos,

Sobre torres y muros y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves,

.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca, en bravas llamas abrasada.

Un libro entero, ó al ménos un discurso nuevo, sería necesario para el parangon de estas dos obras maestras; para notar en la una todos los puntos de semejanza con los libros santos, en que abunda; en la otra todos los versos en que dilucida sucesos históricos ó biográficos.

Herrera, ministro del santuario, ve desde punto superior la decadencia del *Asia adúltera*, y pronostica su ruina, porque la dice:

Dios enciende su ira,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Cervántes, mero soldado de D. Juan de Austria, se arrodilla ante Felipe II y le pide llanamente que vaya á dar libertad á sus compañeros de cautiverio, y castigo á la canalla descreida: empresa fácil, porque, añade,

Señor:
Sólo el pensar que vas pondrá un espanto
En la enemiga gente, que adivino
Ya, desde aquí, su pérdida y quebranto.

Yo tambien creo adivinar que estaréis cansados de todo esto, y me preguntaréis tácitamente cuál de los dos géneros es preferible.

Si Herrera pinta toda la táctica del combate y sus grandes consecuencias sociales y religiosas: y Cervántes nos hace asistir á la lucha y nos interesa por su persona, como si estuviésemos á su lado, ¿cuál es más poeta? Ardua respuesta á la verdad. ¿Quién lecrá la relacion *realista* (si se quiere) de Cervántes, que no sienta en su pecho arder la caridad patria? ¿Quién oirá las estrofas *idealistas* de Herrera, que no se abraze tambien en llamas de fe religiosa y de patriótica gratitud?

Dichoso realismo, que así se practica; feliz idealismo, que de este modo enseña.

Doblemente dichosos vosotros, los que me escuchais, amantes y cultivadores de las letras, si tomais de la poesía verdadera cuanto baste á hacerla digna de la humana razon, y de la ideal, cuanto la caracterice de inspiracion de lo alto; si sois *realistas*, á fuer de sensibles á los materiales objetos que os rodean; é *idealistas*, como peregrinantes al cabo hácia un mundo inmaterial, superior al que habitamos.

Felizmente poseeis un idioma, que á uno y á otro se presta admirablemente; hablándolo Cervántes, ha logrado ser el comensal y el amigo de todas las generaciones y de todas las familias; cantándolo Herrera, casi se ha incorporado en el número de los profetas, ó al ménos en el de los cantores bíblicos.

Señores Académicos, la custodia de tan gran tesoro os está encomendada por la tradicion, por el estudio y por la ley; bien haceis, por tanto, de alistar en vuestras banderas todo género de campeones, y de guardar premios para todos los merecimientos; bien haceis de señalar puesto en vuestro alcázar, así al veterano Duque de Rivas, como al jóven Marqués de Auñón.

Al uno habeis colocado en la primera de vuestras sillas; al otro destinais ahora sitio más apetecido y más grato... los brazos de quien es á la vez su maestro, su jefe y su padre.

HE DICHO.



